

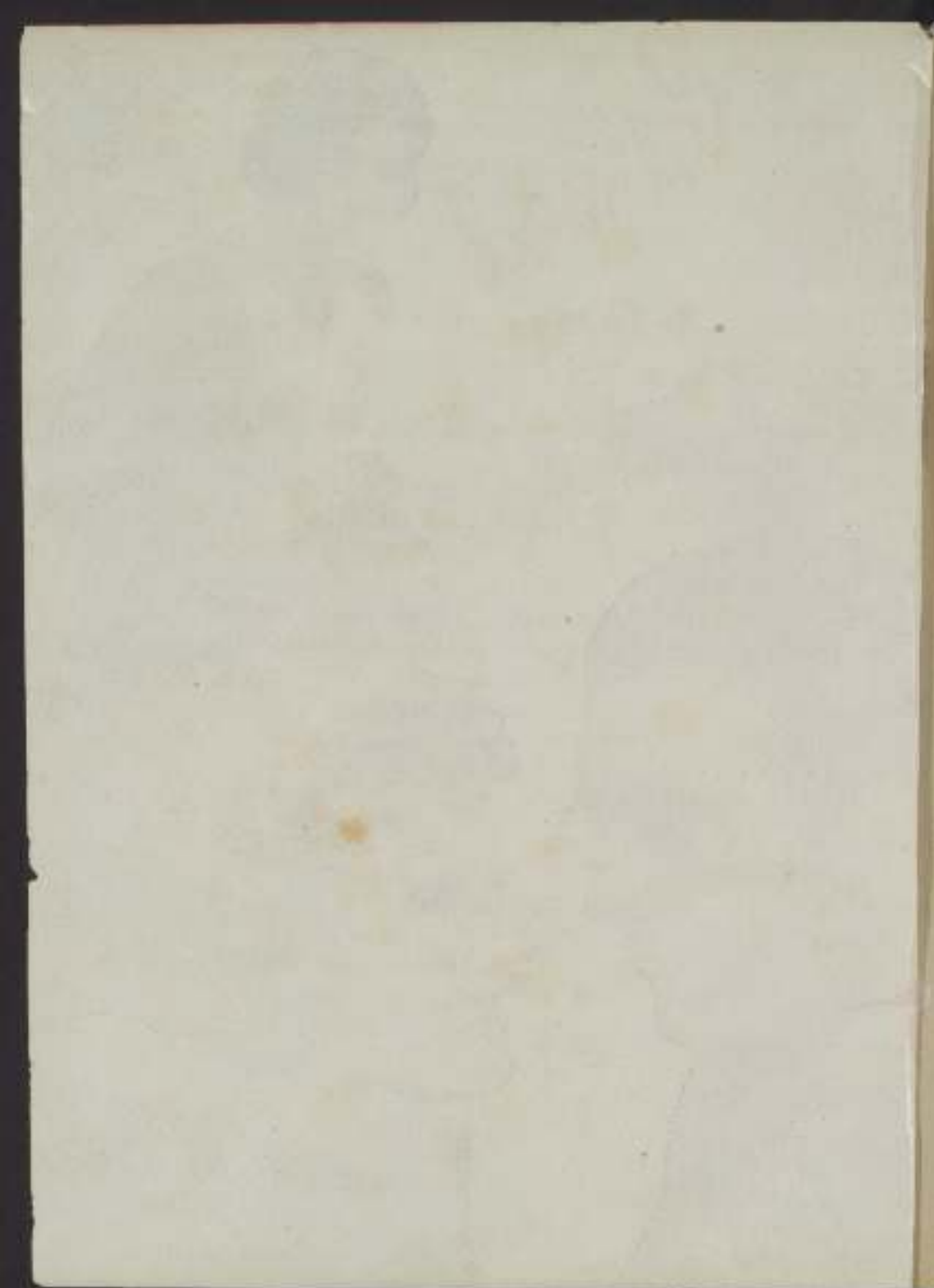
*Recuerda  
aquel  
día*



*John  
Payne*



*Claudette  
Colbert*



# EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES  
CINEMATOGRAFICAS

Pasaje de la Paz, 10 bis - Teléfono 18841 - Barcelona

## Recuerda aquel día

Comedia dramática. Un poema de amor

Dirección

HENRY KING

Productor

WILLIAM PELBERG

Guión de

TESS SLESINGER

FRANK DAVIS

ALLAN SCOTT

Argumento de

PHILO HIGLEY

PHILIP DUNNING

Música

ALFRED NEWMAN

Es un film



LA MARCA DE LOS HERMANOS FOX

Distribuido por HISPANO FOX FILM, S. A. E.

Valencia, 280 — Barcelona

PRINCIPALES INTÉRPRETES

CLAUDETTE COLBERT

y

JOHN PAYNE

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

*Argumento narrado por  
Ediciones Bistagne*

VEA. J. FERRER COLE - VALENCIA. 197 - BARCELONA

# Recuerda aquel día

## ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

Se abría paso con harta pena entre la multitud apiñada a la puerta del hotel. El pasillo que, a ambos lados, protegido por un cordón de criados, se formaba frente a la entrada, se hacía cada vez más reducido por la avalancha de la gente que se afanaba en alcanzar el primer lugar y ver más de cerca a todas las personalidades que iban llegando. Los fotógrafos, cámara en ristre, iban y venían sin reparos, sin contemplaciones, en busca del primer plano sensacional que insertar en la primera plana de su periódico. La gente protestaba, gritaba, empujaba y en la algarabía de voces y ruidos, Nora, dulcemente, humildemente, pero decidida a llegar a primera fila, rogaba a media voz:

—¡Hacen el favor de dejarme pasar? ¡Hacen el favor?...!

Se dió de manos a boca con un periodista que iba a sacar el primer plano del ministro de Relaciones Exteriores que bajaba en aquel momento de su auto, y Nora se interpuso ante la cámara. El fotógrafo soltó una poco agradable exclamación:

—¡...! Gracias, señora... muchas gracias... Vengo a tomar la fotografía del ministro y, en cambio, me llevo un primer plano suyo. ¡Puff! —gruñó enfadado, mirando con desdén a aquella señora de media edad, de rostro marchito, de mirada fatigada, de andar vacilante, que le sonrió con una gran dulzura y le replicó:

—Lo siento mucho... usted perdóne...

Aquel incidente le había abierto paso entre los que estaban en primera fila y que rieron de buena gana el enojo del fotógrafo defraudado. ¡Si al menos hubiera recogido el primer plano de una mujer bonita! Pero, no, se llevaba el primer plano de un rostro marchito de mujer... ¡Qué gracia tenía el caso! Y reían inconcientos.

Nora entró en el hall del hotel sin que nadie le impidiera el paso. Aquello era una Babel. El gentío se apiñaba allí aún más que en la calle, aunque aquí, los privilegiados eran gentes distinguidas, lo más selecto de la sociedad, aristócratas, diplomáticos, grandes financieros, toda la "élite", que había acudido a ren-

dir homenaje al gran personaje por el cual se disputaban los mejores puestos, en la calle la muchedumbre formada por las clases inferiores, y en el hotel la muchedumbre escogida y privilegiada.

Los criados iban y venían de un lado a otro voceando nombres conocidos; los ascensores no tenían punto de reposo; los salones, el vestíbulo, el comedor, todo estaba tan lleno de gente, que apenas podía darse un paso sin tropezar con alguien.

Nora miraba en torno suyo sin aturdimiento. Sus ojos mortecinos miraban a través de los cristales de sus gafas con esa mirada cansada y melancólica en la que se refleja el paso de toda una vida. Ya no había destellos de luz en aquellos ojos; pero había en ellos, en cambio, tanta ternura, tanta resignada humildad, tanto renunciamento y tanta distinción espiritual que, mirándolos atentamente, no era difícil comprender que no eran los ojos de una mujer vulgar.

Se acercó a uno de los criados del hotel y le preguntó suavemente:

—Perdone... ¿a qué hora es el banquete del señor Dewey Roberts?

—¡A las ocho!—contestó el muchacho, continuando su camino sin interrumpirse por aquella pregunta.

A las ocho... y eran las ocho y

cuarto... Debía haberse equivocado el muchacho, porque Dewey Roberts siempre había sido puntual en todas sus cosas. Se encaminó al puesto de flores y preguntó a la florista:

—¿Cree usted que será demasiado tarde para entrar en el salón de banquetes?

—Mire usted, señora, si tras una división de tanques... puede intentarlo — replicó la florista riendo ante la ingenuidad de aquella dama.

—¿Me permite utilizar su mesa para escribir una nota? — suplicó Nora, sonriendo con aquella sonrisa que le transfiguraba el rostro porque era lo que en él seguía conservando aún toda la gracia de su pasada juventud.

—Sí, sí, ¡no faltaba más!—ofreció la muchacha, cediendo el paso a la dama y contestando ya a un periodista que le pedía le dejara usar el teléfono:

—Sólo sirve para comunicaciones interiores, Masson.

—Póngame con el sexto piso... departamento del señor Roberts... ¡Hola, Benia!—saludó el periodista a través del hilo telefónico—. Soy Masson, el corresponsal del "Correo". Oye, preciosidad, los seis millones de lectores están pendientes de tu buen corazón... Quiero obtener una exclusiva... No, no, esta

vez no es para tí, sino para tu jefe... Dewey Roberts... ¡Oh, espera un momento... no cuelgues! ¡Bah... esas secretarías de los personajes tienen más pretensiones que ellos mismos! —comentó, dejando el aparato con un gesto de enfado.

—¿No me había dicho que Dewey Roberts era amigo suyo de la infancia? —le preguntó la florista, mirándole con irónica expresión.

—Y es verdad... Una vez estuvimos jugando juntos al golf y charlamos mucho rato. Eso fué antes de convertirse en el gran Dewey Roberts...

La florista acabó de confeccionar un ramo y luego llamó a un "botones":

—Toma, Harry—le dijo—. ¿Quieres llevar esto al departamento del señor Roberts? El 1710.

—Lo intentaré, pero no creo que consiga llegar hasta allí... ¡Es una locura lo que ocurre hoy!—contestó el "botones" tomando el ramo.

Nora le detuvo levantándose de la mesa en la que había escrito unas breves líneas:

—Oiga, joven... ¿Quiere hacer el favor de entregar esta nota al señor Roberts?

—Supongo que no esperará contestación... —dijo el "botones", mirando con desconfianza el sobre que Nora le acababa de entregar.

—No... no la espero... pero si quisiera verme estaré esperando en el vestíbulo... ¿Quiere usted decirselo?

—Sí... bueno... si es posible... ¡Ah, gracias... procuraré decirselo!—añadió el muchacho, conmovido por la propinilla que Nora había puesto en sus manos.

Masson contempló sorprendido a aquella dama insignificante. Debía tener gran relación con el personaje, cuando le escribía y esperaba poderle ver, precisamente en un día en que era imposible acercarse a él. El periodista no dejó escapar la ocasión. En su escuela le habían enseñado que un buen periodista jamás es indiscreto y que se ha de atrever a todo, aunque algunas veces su osadía sea en perjuicio de su buena reputación de caballero... Y allá fué, dispuesto a conocer algo sensacional para publicarlo en la primera plana del periódico. ¡Oh, aquella primera plana tan soñada por todos los periodistas! Publicar una noticia en primera plana era consagrarse ya para siempre como un buen periodista. Y esto era lo que Masson apetecía ser.

—Usted perdona, señora... ¿Conoce al señor Roberts?—preguntó a Nora, acercándose a ella cuando ya iba a salir de la tienda de flores.

situada en un rincón del hall llenándolo de fragancia.

—Sí — afirmó Nora con sencillez.

—¿Le gustaría a usted verlo?

—Sí, ya lo creo... ¡mucho!

—Si quiere tener la seguridad de que no se le escape, venga usted por aquí, siéntese frente a los ascensores... Indudablemente tiene que salir de alguno de ellos y así podrá usted verle — le aconsejó Masson, conduciéndola hasta una butaca que estaba estratégicamente colocada frente a los ascensores.

—¡Oh... gracias! — sonrió Nora sentándose en el lugar que Masson le ofrecía tan amablemente.

—Debe conocer muy bien al señor Roberts... — comentó el periodista inclinándose hacia Nora que estaba recostada en el sillón con un gesto de lasitud.

—Sí... En otros tiempos creo que le conocía mejor que nadie en el mundo — contestó ella con una misteriosa sonrisa en sus labios exangües.

—¿Y... hace mucho tiempo que no le ha visto?

—Sí... ¡hace mucho, mucho tiempo!

—¿Cree usted que se acordará de usted?

—Sí, señor; estoy segura — afirmó Nora, convencida de lo que decía.

—¿Por qué? — inquirió con ansia

el periodista que iba tras su objetivo sin darse cuenta de que estaba cometiendo una incorrección y una impertinencia.

Nora alzó a él sus ojos, le miró un momento y le preguntó, dispuesta ya a no decirle ni una palabra más:

—¿Busca usted hacer una información sensacional?...

—¡Oh... no... perdón... no quise molestarla!... — se excusó Masson confuso, alejándose, y acercándose de nuevo a la florista, le dijo, señalando a la dama que se había quedado allí, en su puesto de observación, ajena a todo cuanto la rodeaba, en espera únicamente de ver descender de alguno de los ascensores a Dewey Masson:

—Puede que no equivoque... pero creo que a esa señora la trae el recuerdo de alguna vieja historia romántica... Me gustaría conocerla... ¡Valiente información para mi diario!

Nora se quitó las gafas, que guardó cuidadosamente en el fondo de su gran bolso, se pasó la mano por los ojos con ese gesto tan familiar de los míopes, fatigados de forzar la vista aun a través de los cristales, se recostó en el respaldo del sillón con aquel aire de mujer cansada por toda una vida, y escuchó, sonriendo, las palabras del locutor

de radio que por los altavoces iba poniendo al público al corriente de la fiesta que se iba a celebrar:

—Queridos radioyentes: esta retransmisión se efectúa desde el Hotel Mayflower, de Washington. Nuestro invitado de honor, el señor Dewey Roberts, no ha llegado todavía, pero el salón de banquetes está lleno de gente que ha venido de todos los puntos del país para celebrar este acontecimiento. Daremos comienzo a nuestra emisión interpretando la canción favorita del señor Roberts... "Indiana".

La orquesta atacó los primeros compases de la música y pronto se alzó el coro de voces infantiles entonando aquel canto que Nora conocía tan bien. Sonrió más dulcemente aún a los recuerdos de aquella música, sonrió y recordó...

\* \* \*

Tenía entonces ella veinte años y había entrado de sustituta, mediado el curso, en la escuela de un pueblecito del interior al que había sido destinada al terminar sus estudios en la Universidad. Tenía veinte años y el alma cargada de ilusiones. Su carrera la había elegido ella, por su propia voluntad, y estaba enamorada de su profesión. Por esto, cuando se vió al frente de una clase mixta de muchachos

de doce a catorce años, sintió por primera vez todo el gozo que da el logro de un ideal.

Todas las mañanas, antes de empezar la clase, niños y niñas, en pie cada uno al lado de su pupitre, recitaban a coro el juramento a la bandera de la Patria:

—Juro veneración a mi bandera y prometo fidelidad a lo que representa, una Nación indivisible, con respeto y justicia para todos...

La joven maestra, terminada la ceremonia de la sumisión a la bandera nacional, miró a todos sus alumnos y se dirigió en tono severo, pero dulce, a uno de ellos:

—Dewey... no olvides que la bandera es el símbolo de nuestra Patria. Debemos mostrar respeto cuando la saludamos, estando firmes y con las manos fuera de los bolsillos... ¿Vamos a repetirlo?

—Sí, señorita...

El alumno, brazo en alto, rígido, ceremonioso, repitió la frase de ritual que la maestra dijo con él a coro, y se sentó ante su pupitre cuando Nora, sonriéndole con la sonrisa que había de conservar a través de los años y que la vida sólo había logrado dulcificar todavía más y más, le dijo, dándole un amistoso golpecito en la espalda:

—Gracias, Dewey... eso está mucho mejor.

Luego volvió a su tarima y, dirigiéndose a toda la clase en general, les dijo:

—Hoy, en nuestra clase de lectura, teníamos que empezar con "El sueño de una noche de verano", de Shakespeare, pero en lugar de leerlo he tenido una idea que seguramente será una agradable sorpresa para vosotros... La compañía dramática de Ben va a representar esta obra en una *matinée* y he obtenido de nuestro director el permiso para que vosotros asistáis a ella... Ya tengo dispuesto que nos pongan un autocar especial y antes de ir al teatro almorzaremos al aire libre todos juntos.

Los alumnos lanzaron exclamaciones de júbilo y aprobación. Siempre era agradable romper la monotonía y aridez de los estudios escolares con una escapatoria como aquella que les proponía la nueva maestra, y aplaudieron la idea con sus infantiles risas y sus muestras de júbilo.

—Celebro mucho que os guste mi idea—siguió diciendo Nora Trinell a sus discípulos—. No olvidéis que nos encontraremos, a las 11 en punto, en la esquina de Hill y Main, el sábado por la mañana.

[El sábado por la mañana! Los rostros de los muchachos cambiaron de expresión al oír aquellas pa-

labras. Una exclamación decepcionada sonó, como un eco repetido por todos los labios:

—¡El sábado!...

—¡El sábado?—preguntó Dewey, poniéndose en pie y afrontando él solo la situación, porque a él no le gustaba hablar a media voz ni ocultar su desagrado, cuando se creía estar en posesión de la razón.

—Sí, Dewey, el sábado... ¿Por qué lo preguntas?

—Porque el sábado es nuestro partido de baseball contra el Roma... El señor Hopkins ha dispuesto que el partido sea el sábado por la tarde.

—¿Quién es el señor Hopkins?—inquirió Nora, extrañada de aquella interrupción.

—Nuestro entrenador—contestó con aplomo Dewey.

—Perdone, señorita, es nuestro instructor de cultura física—explicó el "primero" de la clase, un muchachito delgaducho y escuálido muy entremetido y que parecía saberlo siempre todo.

—Bien... pero el señor Hopkins puede aplazar el partido—replicó Nora.

—El partido es muy importante para nosotros, señorita Trinell—dijo una niña muy avispada, defendiendo a brazo partido la idea de

Dewey—. Ha de pensar usted que Dewey es nuestro capitán.

—Yo prefiero una obra de Shakespeare a un partido de baseball —comentó el "marisabidilla" de la clase, con tono pedante, excitando con ello la desaprobación y el descontento de sus compañeros.

—Vamos, vamos, niños, un poco de silencio... no se hable más por el momento del baseball. ¿Quién es hoy el encargado de la clase?

—Servidor, señorita Trinell —se apresuró a decir el "primero".

—Bien, Pedro, reparte estos papeles mientras yo escribo los problemas en la pizarra.

La clase iba a continuar tranquilamente después de aquel breve incidente, pero Dewey no estaba conforme y se movía impaciente en su asiento. No quería que le estropearan el partido contra el Roma. Vencería a aquella señorita que se había propuesto fastidiarle. ¿No faltaría más! ¿Qué le importaba a él Shakespeare? A él lo que le interesaba era vencer al Roma y mostrar toda su habilidad de capitán de equipo.

Se puso en pie y levantó la mano.

—Bien, Dewey, puedes salir—dijo la señorita Trinell, sin dejar de escribir en la pizarra.

El niño salió de la clase, bajó a saltos la escalera y entró como una

tromba en la clase del profesor Hopkins.

—Señor Hopkins... la señorita Trinell está empeñada en llevarnos al teatro el sábado por la tarde, y yo le he dicho que teníamos que jugar...

—Dewey... durante las horas de clase ya sabes que no puedes bajar aquí—replicó el profesor Hopkins, continuando su trabajo.

—He pedido permiso, señor...

—¿Para verme a mí?

—No... señor... —contestó Dewey, que no sabía mentir.

—Entonces creo que debes volver a tu clase.

—Es que ella quiere obligarnos a ir al teatro, precisamente el sábado por la tarde... y es nuestro partido con el Roma...—repitió el niño, que estaba obsesionado por la idea.

—¿Quién es "ella"?—corrigió el profesor Hopkins, que gustaba que los muchachos conservaran el respeto a sus superiores.

—La señorita Trinell, la nueva maestra...

—¿Sabe la señora Trinell lo del partido?

—Yo le hablé de ello, pero...

—Deja el asunto del baseball en mis manos, Dewey, y vuelve a la clase—ordenó Hopkins sin aspereza, pero con energía.

—Sí, señor... ¡pero no perdémos el partido!

—La señorita Trinell sabe seguramente por qué lo hace—comentó Hopkins, que no quería desautorizar a uno de sus colegas.

—¡Pues no conseguirá que yo vaya al teatro!—murmuró, enfadado y mohino, el pequeño Dewey.

—¿Qué dices?—preguntó el profesor, muy serio.

—Nada... señor... —murmuró Dewey, saliendo cabizbajo de la clase del entrenador.

Cuando entró en la suya la señorita Trinell explicaba a los alumnos un episodio histórico y Dewey se sentó en silencio ante su pupitre y comenzó a leer atentamente. La señorita Trinell esperó unos momentos y luego dijo:

—Dewey... ¿qué estás leyendo? ¿Tu libro de Historia?

—No, señorita—replicó el alumno noblemente—. Leo un libro sobre el baseball.

—¿Quieres enseñármelo?

Dewey entregó el libro a la profesora, que lo guardó en un cajón de su mesa y siguió preguntando la lección de Historia, sin que nadie supiera contestarla. Sólo Pedro levantaba la mano y se agitaba en su asiento para poder ser él quien lo dijera, él, que siempre lo sabía todo...

—Bueno, Pedro, si tanto lo deseas, dínoslo tú... Ya sé que tienes bien aprendida la lección... Por eso prefería que fuera otro cualquiera quien contestara a mi pregunta, pero puesto que nadie la sabe... dilo tú, vamos—dijo Nora Trinell, que no podía soportar a los "primeros" de clase.

—El siete de septiembre de 1813, en el Lago Erie, el comandante Perry condujo nueve buques desde su barca...

—No era una barca, sino un bergantín—corrigió Dewey, interrumpiendo a Pedro en su lección.

—¿Qué más da un bergantín que una barca? Los dos son buques de la época—replicó Pedro, ofendido.

—El bergantín tiene dos palos con velas redondas y la barca tiene tres palos, uno con velas redondas y dos con velas áuricas—corrigió Dewey, que no se dejaba vencer.

—¿Dewey! Basta de discusión—intervino Nora, que tuvo que hacer un esfuerzo por dominar una sonrisa de satisfacción—. Después de la clase te quedarás una hora y escribirás quinientas veces en la pizarra: "Usted perdona".

—¡Hum!... —le gruñó Pedro a Dewey, haciéndole una mueca de desprecio.

—Y tú, Pedro, te quedarás a escribir una composición acerca de

"por qué no debe un joven perder su compostura..." — castigó Nora, que era ante todo justa con sus alumnos.

—Señorita Trinell...—dijo la niña que había ya antes defendido el punto de vista de Dewey.

—¿Qué quieres, Kate?

—Dewey conoce muy bien los barcos y Pedro ni siquiera sabe nadar...

—Está bien, Kate... tú te quedarás a escribir: "lo impropio que es meterse uno donde no le llaman".

Los alumnos reían con sordina y murmuraban entre dientes, mostrando sus particulares simpatías hacia uno u otro de los castigados.

Terminada la clase todos los alumnos habían saludado a la señorita y se marcharon con los libros bajo el brazo, quedando en el aula los tres que sufrían castigo. Nora salió también, y al cabo de un buen espacio de tiempo volvió a entrar para ver si ya habían cumplido con el castigo impuesto. Dewey, ante la pizarra, escribía su frase: "Usted perdóne", con la mano izquierda después de haber escrito la mitad con la mano derecha.

—Dewey... casi no puede leerse lo que escribes... ¿Escribes siempre con la mano izquierda? — le preguntó Nora, procurando no sonreír,

aunque la risa le retorbaba en los labios.

—No, señorita... es que reservo la derecha para entrenarme luego.

—Ganarás más tiempo si puedes leer lo que escribes...—sugirió Nora, que se sentó ante su mesa y comenzó a poner orden en los deberes que le habían entregado los chicos y que tenía que corregir.

En la clase había un silencio sepulcral, Pedro, Kate y Dewey cumplían religiosamente el castigo, mientras Nora trabajaba en sus cosas sin acordarse apenas de los tres muchachitos que estaban allí con ella, cuando se abrió la puerta y apareció la figura fuerte y viril de Dan Hopkins, el entrenador de cultura física, el profesor Hopkins que no debía tener más allá de veinticinco años, y que era fuerte como un roble y dinámico y ágil como una pelota de fútbol en plena actividad.

—¿La señorita Trinell? — preguntó.

—Sí, soy yo—contestó Nora, mirando sorprendida a aquel que entraba sin previo aviso en sus propios dominios.

—Soy Dan Hopkins, uno de sus colegas. ¿Cómo está usted?

—Bien, gracias...

—Yo también... Encantado de conocerla... Me han dicho que ha ve-

nido usted a sustituir a la señorita Finch hasta fin de curso... Usted perdone, pero me gustaría que se quedara usted aquí para siempre. Bienvenida a la escuela de Auburn.

—Gracias—sonrió Nora, halagada por aquella franca acogida y por la simpatía que emanaba espontánea y vibrante de cada palabra de su colega.

—¿Puedo hablarle reservadamente?—inquirió Dan, mirando a los chicos que sólo de soslayo se habían atrevido a lanzar una mirada al entrenador.

—Desde luego... —replicó Nora, saliendo al pasillo para hablar allí con el joven profesor—. Usted dirá.

—Parece ser que nuestros planes son encontrados y que no podemos avenirnos.

—Eso es.

—Su respuesta me desconcierta, señorita Trinell... Tenía preparado un partido de baseball muy importante para el sábado por la tarde y usted...

—Sí, lo sé y siento mucho lo que sucede.

—Ya sabía yo que lo iba a sentir y a rectificar...

—Lo siento mucho... pero no tendrá usted más que esa representación—dijo Nora, dando un paso para entrar nuevamente en su clase.

Pero Hopkins se interpuso ante

la puerta, cruzó los brazos, miró con mucha simpatía a aquella muchacha encantadora que tenía frente a él, y le dijo sin vacilación:

—Me parece que se han puesto frente a frente una fuerza irresistible y una barrera infranqueable...

—No sé hasta qué punto llegará usted como barrera infranqueable, señor Hopkins, pero en este asunto me verá obligada a ser irrefutable—afirmó Nora.

—Y lo es—aseguró Dan Hopkins mirándola fervorosamente a los ojos, porque la belleza de aquella joven profesora le había deslumbrado desde el primer instante.

—Creo que será mejor apelar a la Dirección—sugirió Nora encaminándose resueltamente hacia el despacho del director.

—Espere... espere un poco, señorita Trinell... Se me acaba de ocurrir una buena idea... Usted deja a Dewey que vaya al partido y yo, en cambio, voy con usted al teatro... ¿No le parece acertada la idea?... Espere un poco... Somos dos personas inteligentes y razonables.

—¿Usted cree?—preguntó Nora con ironía, mientras intentaba ella abrir la puerta del despacho del director y Hopkins se lo impedía.

—Espere... espere un poco... podríamos discutirlo más despacio...

La puerta del despacho se abrió,

forzada desde el interior, y apareció el director.

—Señor Hopkins... ¿desea usted hablar conmigo? — preguntó el director al encontrarse frente a frente del profesor de cultura física.

—No... no, señor... en realidad no quería hablarle...

—Yo, sí, señor Steele — dijo la profesora, adelantándose decidida.

—No era una cosa de gran importancia—se apresuró a decir Dan Hopkins.

—Usted dirá, señorita Trinell.

—Verá usted, el señor Hopkins y yo teníamos una pequeña discusión, señor Steel, y yo he pensado que quizá usted podría ayudarnos a solucionarla.

—Si no era nada, se lo aseguro... por mi parte cedo y doy la razón a la señorita Trinell... — murmuró Hopkins, vencido.

—Siga, siga, señorita Trinell.

—Discutíamos solamente acerca de... de la legalidad del nuevo impuesto con que quieren gravar nuestros sueldos—dijo Nora, sonriendo con su dulce sonrisa, capaz de desarmar al más fiero de los luchadores.

—¡Oh... no se preocupen por esto! El Parlamento no aprobará nunca semejante proposición.

—¿Ve usted? Es lo mismo que yo le estaba diciendo...—afirmó Da-

ne Hopkins, feliz del resultado obtenido ante el director gracias a la habilidad, nunca bien ponderada, de la diplomacia femenina.

Nora saludó al director, lanzó una mirada al profesor y volvió a su clase, dando por terminado aquel pequeño incidente, pero llevando su alma prendida de una ilusión: la que había visto brillar en las pupilas oscuras y expresivas de Dan Hopkins.

Cuando entró en la clase se quedó paralizada. Kate había cogido el cesto de los papeles y con él hacía de blanco a Dewey que arrojaba una pelota hecha de los papeles del cesto, entrenándose así, ya que no podía hacerlo en el campo de deportes.

—¡Bravo, Dewey! ¡Tres tantos! ¡Has ganado!—gritaba Kate, entusiasmada.

—Ha perdido — dijo Nora, con voz fría.

Los niños, sin replicar, volvieron a sus puestos y continuaron escribiendo, rojos hasta las orejas por haber sido sorprendidos en su juego.

Pedro fué el primero en terminar, porque no se había interrumpido ni un segundo. Luego fué Kate la que acabó con su castigo, pero recogiendo con calma sus libros, dijo a la señorita Trinell:

—¿Puedo esperar a Dewey? No tengo nada que hacer.

—No... es mejor que te marches a casa. ¡Adiós, Kate!

—Buenas tardea, señorita Trinell.

Quedaron solos Dewey y la profesora. Dewey acabó de escribir en la pizarra el "Usted perdone" que le habían impuesto, y, al final, escribió uno en letras muy grandes:

—¡Ea! ¡Ya está! Quinientas veces "Usted perdone"... y ésta de propina... ¿Me puedo marchar?

—Sí, Dewey.

Recogió el niño sus libros y, balanceándolos pendientes de la correa, se encaminó hacia la puerta sin saludar a la profesora.

—Dewey... le detuvo Nora, sin levantar la vista de lo que estaba ella escribiendo.

—Diga, señorita.

—¿Por qué te has enfadado tanto con Pedro?

—Porque es una imbecilidad decir que un bergantín y una barca son lo mismo.

—Pero tú también te equivocaste, Dewey... Lo que tú has descrito es una barca-goleta... no una barca propiamente dicha.

Nora se levantó y fué a la pizarra, tomó el yeso y comenzó a dibujar con trazo seguro y ágil:

—La barca tiene dos palos con veías redondas, sólo el palo de me-

sana tiene vela áurica... más o menos así, ¿ves?... Es el bergantín-barca el que tiene el palo trinquete con velas redondas... El palo mayor y el palo mesana tienen velas áuricas...

El niño estaba pendiente del dibujo y de las palabras de la profesora. Estaba maravillado. En unas pocas líneas le había dibujado los dos buques con un trazo tan firme que parecían haber surgido en la pizarra por arte de magia.

—¿Cómo sabe usted tanto de barcos, señorita Trinell? — preguntó Dewey, mirando con asombro a la profesora.

—Porque nací en un pueblo de pescadores. Mi padre era pescador, y mi abuelo fué pescador también. Pescadores en gran escala, con unas flotillas que ellos gobernaban... y que yo conocía bien, con todos sus nombres, sus palos y sus velámenes.

—¿De veras?

—Sí... y se hacían a la mar y navegaban hasta el Cabo de Hornos... En casa tengo todos sus libros, sus mapas, sus cartas marinas... ¿Te gustaría verlos? — preguntó Nora, atariciando la cabeza del niño, al que sentía ya su amigo incondicional.

—¿Que si me gustaría?... ¡Mu-  
chísimo!

—Pues puedes venir a verlos cuando quieras, Dewey.

—¡Qué buena es usted, señorita Trinell! ¡Hay que ver! Tenía una idea muy equivocada de usted...

—Puede que a mí me ocurriera lo mismo contigo, Dewey... Esta mañana creí que eras un chico malo, como hay muchos.

—Soy muy testarudo...

—Eso no está mal... con de : condiciones. La primera es saber rectificar a tiempo... ¿Sabes cuál es la segunda?

—No, señorita.

—No serlo por sistema... Y yo no creo que tú seas testarudo por sistema.

—Sí que lo soy—confesó el niño, confuso y contrito.

—No... estoy segura de que no es cierto... Si lo fueras no te preocuparía cómo son los barcos.

—Es que me gustan mucho. Me llamo Dewey en recuerdo del Almirante.

—¡Ah! ¿Sí? Es raro que habiendo nacido tierra adentro te guste tanto el mar...

—Papá dice que lo llevamos en la sangre. A él también le gusta mucho... ¿Puedo ayudarla a limpiar la pizarra, señorita?—preguntó Dewey, viendo que Nora se disponía a limpiarla ella sola.

—Gracias... eres muy amable—

aceptó Nora, que tenía ganas de seguir charlando con aquel muchacho inteligente, franco, noble y recto.

Comenzaron a trabajar en silencio, limpiando con fuerza la pizarra cubierta de la frase, repetida hasta quinientas veces, de "usted perdona", escrita por Dewey en castigo por su riña con Pedro. Luego, Nora, sin mirar al muchacho y casi sin dar importancia a lo que decía, comentó en voz alta:

—Cuando dispuse que fuéramos al teatro no sabía nada de lo del partido de baseball.

—No tiene importancia. Jugarán otro día...—contestó Dewey con generosa indiferencia.

—Pero esto habrá molestado a los chicos que iban a tomar parte en el partido.

—Ya se les pasará...

—¿Verdad que te gustaría más jugar que ir al teatro?—inquirió Nora, mirando a Dewey con mucha simpatía.

—¡No!... Si el partido fuera por la mañana y la representación por la tarde... Pero, en fin, creo que Shakespeare es más importante que el baseball—comentó Dewey.

—A veces te advierto que tengo mis dudas—contestó Nora, lanzando una fresca risotada que acabó de congraciarse con aquel discípulo que había empezado el día siendo

su enemigo y con el que podría ahora contar incondicionalmente, gracias a su táctica escolar.

\* \* \*

Se dejó a Shakespeare por el baseball. Nora Trinell se convenció de que a los muchachos les interesaba más el deporte, y era natural. ¡Pero, Señor, si todos eran unos chiquillos! ¿Cómo había podido ella imaginar, ni por un momento, que pudieran interesarse por la sublimidad clásica de aquella literatura que entenderían sólo cuando la vida les hubiera forjado en su yunque? Cedió. Fué la primera en llegar al campo de deportes y la primera en entusiasmarse con las incidencias del juego. Verdad es que cedió también porque el árbitro y entrenador era Dan Hopkins, y esto, sin que ella misma se lo hubiera confesado, pesaba más en la balanza de su decisión que la obra de Shakespeare y la predilección deportiva de sus discípulos.

Corría Dewey capitaneando su equipo. Vigilaba de cerca las jugadas Dan Hopkins. Y Nora Trinell y la pequeña Kate, que estaba sentada a su lado, seguían con ansia creciente y con un entusiasmo que no lograban reprimir, los avances de los muchachos y la maravilla

del juego realizado por el pequeño Dewey, al que Kate animaba con sus gritos y sus aplausos.

Pero cuando ya parecía que tenían ganado el partido y que nada desagradable podía ocurrir, un mal paso dado por el pequeño capitán le hizo caer en tierra con tan mala fortuna que no pudo levantarse del suelo a causa del agudo dolor que le producía la pierna derecha.

Los primeros en acudir en su auxilio fueron Dan y Nora, y la que fué a vengarse del que había hecho caer a Dewey fué Kate, que parecía una furia en la plenitud de su venganza.

—Kate, déjale tranquilo, no tuvo él la culpa—rogaba Nora, queriendo separar a Kate y al chico, que se habían liado a portazos, llevando cate último las de perder.

—Le ha tirado él... ha sido una traición... Dewey está herido... Y ha sido culpa de este imbécil—gritaba la niña, descargando golpe tras golpe contra el muchacho, que estaba acobardado por aquella inaudita agresión.

—Basta, nena, no llores... no está herido — insistió Nora, mirando compasivamente a Dewey que, recogido del suelo por Dan, era llevado en brazos de éste hasta la enfermería para prestarle los primeros auxilios.

Fué una contusión en el pie derecho que retuvo en casa al chico durante algunas semanas. Tuvo que hacer reposo absoluto al principio y luego se le permitió dar algunos pasos por la casa ayudado de una muleta. El chiquillo entretuvo las largas horas de su forzado ocio construyendo barcos, aquellos barcos que le apasionaban y de los que su profesora, la señorita Nora Trinell, le había mostrado los modelos exactos a fin de que pudiera construirlos a la perfección. Luego los hacía navegar en la bañera, o bien en un gran barrileño lleno de agua, con la consabida desesperación de su madre, una perfecta ama de casa a la que sacaban de tino todas aquellas cosas que eran en detrimento del buen orden y la absoluta limpieza del hogar.

—Pero, Dewey... ¿otra vez has cogido mi tijera nueva para cortar papel?... Pero, Dewey..., ¿cuándo dejarás limpio el cuarto de baño?... Pero, Dewey, no hagas esas tonterías de barcos con los que todo lo manchas y todo lo pones en desorden... ¿No ves qué habitación has puesto? ¡Si parece el dormitorio de una mona!—exclamaba la buena señora, muy apurada, acudiendo a todo y aturdiéndose con el trabajo casero, única cosa comprensible pa-

ra su cerebro diminuto y mal preparado.

El niño sonreía a su madre sin rencor ni burla, pero sí con un poco de conmiseración y superioridad, como sonríe el que se cree estar en posesión de grandes conocimientos ante un ignorante absoluto al que no puede explicársele nada porque se le cree incapaz de comprender cosa alguna.

Aquella tarde, jueves, tenía Dewey anunciada la visita de la señorita Trinell. Para él era día de gran fiesta, porque la profesora se había apoderado por entero del alma del chiquillo. En cambio, para su madre, era un apuro que la señorita Trinell les visitara, precisamente en jueves... ¡Dios mío, si el jueves era el día en que la criada tenía permiso y se marchaba desde las primeras horas de la mañana para no volver hasta bien entrada la noche! Y el jueves, en que ella tenía que hacerlo todo, el jueves precisamente, venían todas las visitas. ¡Ah, Señor, Señor, qué vida tan agitada y angustiosa!

—Mamá... abre la puerta, que es la señorita Trinell—le dijo Dewey, muy impaciente, viendo que su madre seguía riñéndole porque había empleado un pañuelo de seda de su padre para confeccionar las velas de su bergantín y que el timbre de

la puerta repiqueaba inútilmente.

—¡Mira que estropear así un pañuelo magnífico! No tienes perdón de Dios. Podría haberte traído tu padre un harto de juguete de esos que venden en el bazar.

—Pero, mamá, si los barcos que yo construyo no son de juguete, sino que son miniatura de los verdaderos barcos... Anda, ve a abrir la puerta, por favor... No hagas esperar a la señorita Trinell.

Pero quien llamaba a la puerta no era precisamente la señorita Trinell, sino Dan Hopkins, que venía a ver a su pequeño atleta.

—¡Ah, señor Hopkins!... Deme su sombrero... Perdón que le abra yo la puerta, pero precisamente es jueves y la criada tiene permiso... Dewey está en el gabinete, recostado en el sofá... Pase, pase a verle... Estará muy contento—dijo la mamá del muchacho, acompañando a Dan Hopkins hasta el salón.

Allí le aguardaba Dewey, que había salido a su encuentro, caminando a saltos ayudado por su mula.

—¡Pero, hijo!... ¿Cómo has venido hasta aquí?—preguntó la señora de Roberts, asustada por lo que ella estimaba una imprudencia imperdonable del niño.

—¡Hola, Dewey!... Si quieres ju-

gar al fútbol este otoño tendrás que curarte bien esa rodilla.

—Su padre y yo hemos decidido que no juegue nunca al fútbol... Ya está bien con una sola caída—comentó la madre.

—Pero, mamá... ¡Cualquiera creerá que estoy en pañales todavía!—rió Dewey, que se las daba muy de hombre.

Volvió a sonar el timbre de la puerta y el niño apremió a su madre para que fuera a abrir en seguida.

Dan miró al pequeño, que estaba un poco nervioso y excitado, y le preguntó con una maliciosa sonrisa:

—¿A quién esperas?... ¿A la novia?

—No... ¡yo no tengo novia!—aseguró Dewey, enrojeciendo hasta la raíz del pelo.

Pero la que llegaba tampoco era aquella vez la señorita Nora Trinell, a la que Dewey esperaba con impaciencia, sino que era la pequeña Kate que traía helado para la merienda y venía a hacer compañía a su amiguito.

—¡Huf!... ¡Es Kate! ¡Valiente pesada!—gruñó Dewey, de mal talante y decepcionado.

—¡Hola, Dewey!—exclamó la niña entrando gozosa en el salón—Te traigo un helado muy rico que

mañana ha hecho para ti... ¿Cómo está usted, señor Hopkins?

—Bien, pequeña, bien...—replicó Dan envolviendo a los niños en una mirada significativa—. Ven, siéntate aquí, junto a Dewey, así podrías charlar con más tranquilidad... Y yo, amiguitos, ahora que ya he visto que Dewey sigue muy mejorado de su lesión... voy a dejaros.

—No..., no se vaya..., no me deje solo...—suplicó el niño

—Lo siento, pero tengo que hacer algo muy importante—aseguró Dan que, en realidad, no tenía nada que hacer.

—Yo no tengo ninguna prisa—dijo Kate, arrellanándose cómodamente junto a Dewey.

—¿Ves? Te dejo muy bien acompañado. ¡Adiós, Kate, cuida bien a tu amiguito! ¡Adiós, Dewey!... ¡Adiós, señora Roberts!—exclamó Dan, ya en el recibidor, tomando su sombrero y yendo decidido a abrir la puerta de la calle.

En el momento de abrir se dió de manos a boca con Nora, que llegaba.

—¡Ah!...—exclamó ésta desconcertada, porque en el momento en que iba a pulsar el timbre, la puerta cedió ante ella como por arte de magia—. ¿Se marcha usted ya?—preguntó al cerciorarse que la "ma-

gia" era solamente la mano de Dan que había abierto la puerta.

—No, no me marchaba... Iba sólo a colgar el sombrero... Pase, pase usted—dijo Dan, cambiando súbitamente de idea, y volviendo a entrar, en compañía de Nora, en el salón donde habían quedado los niños.

Kate y Dewey saludaron cordialmente a la señorita Trinell, que les acarició con su mirada y les estrechó la mano con ternura.

—¿Cómo te encuentras, Dewey?... Pareces un guerrero antiguo, herido y rodeado de su corte — dijo, riendo y dando al niño unos golpecitos en la mejilla.

—¡Ah!... ¿No se ha marchado usted, señor Hopkins? — preguntó Kate con la imprudencia de los niños.

—¿Eh?... No, no... es que... no me marchaba, ¿sabes? Es... es que quería hacer una pregunta a Dewey—murmuró Dan, cogido en la trampa y no sabiendo cómo salirse de ella.

—¿Una pregunta?—inquirió Dewey.

—Sí... verás—contestó Dan, sentándose tranquilamente al lado del niño y junto a Nora—. Quería preguntarte si te gustaría venir conmigo en coche al partido de la Escuela Superior...

—¡Claro que me gustaría, muchísimo!

—...y al baile que dan en el Club esta noche—añadió Dan, mirando a Nora deliberadamente.

Dewey, que no sorprendió aquella mirada, contestó con un gesto desdeñoso:

—No me gustan esa clase de diversiones. ¿Y a usted le gusta bailar, señor Hopkins?

—Verás... si voy con una chica bonita... lo natural es que baile. ¿no crees?—preguntó Dan, sin dejar de mirar a Nora que sonreía divertida por aquel juego en el que se sentía directamente aludida, pero del que huía con traviesa coquetería.

—A mí no hay quien me obligue a bailar, si no tengo ganas—aseguró Dewey.

—Pero el señor Hopkins debe ser muy galante—comentó Nora.

—No, no, no es por galantería...—aseguró Dan, hablando ahora ya en forma directa a la señorita Trinell—. El baile es una forma amistosa de hablar con una muchacha a la que está uno deseando comunicarle algo... y no puede hacerlo de otra manera.

—¿Quiere usted decir que, una vez la muchacha está en sus brazos, mecida por la cadencia de la música, no tiene más remedio que escucharle?...—

—Eso es... si por casualidad acepta mi invitación... Y si acepta mi

invitación, hay la posibilidad de que esté dispuesta a aceptar también la disculpa de haberla invitado conociéndola tan poco...

—¿Y por qué tiene usted que invitarla, si apenas la conoce?—preguntó Dewey, con toda su ingenuidad de niño.

Nora soltó una carcajada y dijo, en medio de su risa fresca y contagiosa:

—Creo que ya le han contestado, señor Hopkins.

Luego, cambiando bruscamente de conversación, se dirigió a Dewey y le preguntó:

—¿Cuándo podrás volver a capitanear tu equipo, Dewey?

—No sé... El doctor dice que estaré bien dentro de dos semanas...

Entró la señora Roberts con el helado de Kate para obsequiar a los visitantes, pero Dan se puso en pie:

—No puedo entretenerme más... Lo siento mucho, pero debo marcharme.

—¿No quiere quedarse a tomar un helado?

—No, gracias, ahora no tengo más remedio que marcharme... Creí que Dewey estaría solo, pero estaba equivocado... y como tiene tan buena compañía, es mejor que yo me marche... Buenas tardes, señorita Trinell.

—Buenas tardes, señor Hopkins

—contestó Nora saludando con aquella sonrisa que la iluminaba el rostro y le daba una dulcísima expresión.

Cuando Dan, después de despedirse de todos, hubo salido, Dewey comentó:

—El señor Hopkins es muy simpático, ¿verdad?

—Sí, muy simpático—afirmó Nora, un tanto pensativa.

Dewey hubiera querido estar solo con la señorita Trinell. Aquella impertinente de Kate parecía no tener ganas en absoluto de marcharse a su casa, pero como si un hada buena hubiera adivinado los pensamientos del niño, vinieron a buscar a Kate de casa de sus padres.

—¡Ah... había olvidado que prometí a mamá ir a poner la mesa! ¡Hoy es jueves y la criada tiene permiso!—exclamó la niña, echando a correr. Pero de pronto se detuvo, volvió sobre sus pasos y le dijo a Dewey con vehemencia:

—Mañana volveré, Dewey... Vendré todos los días mientras estés enfermo.

—Muchas gracias... ¡Huf! ¡Cree que no se iba a marchar nunca!—gruñó Dewey, que estaba cansado de las solicitudes constantes de aquella chiquilla.

—¡Pero, Dewey! Cree que Kate era tu mejor amiga—exclamó Nora,

extrañada de aquella actitud hostil.

—Yo no tengo amistad con las chicas... no me gustan... son tontas.

La señora Roberts vino a interrumpirles. Necesitaba el barreño donde Dewey hacía navegar sus barcos, para otros menesteres caseros.

—¡Usted no sabe el martirio que representa en una casa una afición semejante! ¡No podemos disponer nunca del cuarto de baño! Siempre hay algún barco en la bañera—explicó la señora Roberts a Nora, que se reía de los apuros de aquella buena ama de casa.

—¿No me dejarás ver alguno de tus barcos?—rogó Nora a su discípulo.

—Si usted lo desea... ahí están, en el gabinete.

Nora fué allí y cogió en sus manos el bergantín que Dewey había construido y en uno de cuyos lados se leía distintamente: "Nora Trinell".

—¡Pero, Dewey!—exclamó la maestra, emocionada—¡No había vuelto a ver un barco desde que salí de casa... y el primero que veo lleva mi nombre!...

—¿No se ha enfadado porque le he puesto su nombre? ¡Como sé que a usted le gustan tanto los barcos!—explicó Dewey un poco con-

trariado por verse sorprendido en lo más íntimo de sus secretos.

—¡Dewey! ¿Cómo iba a enfadarme, si es la atención más delicada que he recibido nunca de un discípulo?... Tu bergantín es perfecto, Dewey... Le has puesto hasta los escobenes y el árbol de bauprés.

—¿Cuánto sabe usted de barcos, señorita Trinell!

—No... Tú sabes mucho más que yo... Algún día construirás barcos de verdad que surcarán todos los mares del globo.

—¿Cree usted que podré hacer esto?—preguntó el niño, brillantes los ojos de ilusión.

—¡Claro que sí, si conservas esta afición cuando seas mayor!

—Mis amigos se reirían si la oyeran hablar así—aseguró Dewey, que tenía poca confianza en sí mismo.

Pero Nora le alentó:

—También se reían de Edison... pero él siguió su camino y triunfó...

—¡Qué buena es usted, señorita Trinell! Nunca he conocido dos personas tan buenas como usted y el señor Hopkins.

—¡Oh... gracias, Dewey!—murmuró Nora, emocionada, pero venciendo su emoción.

Aquella vez fué el padre de Dewey quien vino a interrumpirlas.

Llegaba de la calle con un paquete en la mano y, ya desde la puerta, su voz llenó toda la casa. Era un hombre pequeño, vivaz, charlatán, que todo lo removía y se lo decía todo él mismo sin esperar jamás la réplica que no le interesaba en absoluto. Hablaba por el placer de hablar, y no le importaba ni que le escucharan ni que le contestaran, contradiciéndole o apoyándole.

—¿Dónde estás?... ¡Hola! ¿Pero, hijo, no esperaba verte levantado ya! ¡Ah! ¿La señorita Trinell? ¿Cómo está usted? ¡Encantado de verla en esta casa! ¿Cómo estás, muchacho? Tu profesora me recuerda una que yo tuve y a la que llevaba manzanas cuando no levantaba un metro del suelo. Supongo que habrá usted visto y admirado el retrato del almirante Dewey... Creo que la semejanza del nombre es lo que ha dado a mi hijo esa afición loca a los barcos. Este era antes mi gabinete de trabajo, pero me lo han quitado... y Dewey ha sido el ladrón. Se apoderó de él por completo hace doce años... sí, señorita, justamente hace doce años... Aquí aprendió a dar los primeros pasos. Ahora quiero mandarle a la escuela de Johnstawn, donde yo empecé mi educación. Cuando era pequeño su madre decía que era el niño más bonito del mundo.

Aquí traigo unas fresas buenisimas y unas judías verdes... Ya sé que María tendrá la cena preparada, pero no importa; me gustan mucho y nunca están de más... ¿Ha visto qué barco tan gracioso ha hecho mi hijo? Mientras no tome estas cosas demasiado en serio puede distraerse con ellas; tiempo tendrá para preocuparse de otras cosas más adelante... ¡María, María! ¿Dónde estás?

Con la misma volubilidad con que había entrado salió sin dejar de hablar, entremexclando unos asuntos con otros, saltando de uno a otro tema con agilidad, sin interrumpirse nunca y sin importarle un ardite la opinión de sus interlocutores.

Cuando estuvieron solos de nuevo y Nora hubo recobrado un poco el equilibrio que le había hecho perder la desbordada verborrea del señor Roberts, se despidió de su discípulo, prometiéndole que iría cada día a verle y le daría lección particular a fin de que, cuando en el otoño ingresara en la Escuela de Johnstawn, estuviera perfectamente preparado.

Dewey la escuchó con los ojos bajos y una expresión concentrada y triste en el semblante. Luego, cuando ella hubo terminado, sin

mirarla, como si le hiciera una confesión vergonzosa, le dijo:

—No pienso ir a Johnstawn aunque mis padres quieran obligarme a ello.

—Pero si tu mamá ha dicho que ya estabas matriculado...—arguyó Nora, extrañada de la resolución enérgica del pequeño.

—Ya lo sé... pero no quiero ir... ¡No quiero!—aseguró Dewey con mayor energía.

—¿Por qué?

—Porque... — se quedó un momento en suspenso y luego añadió: —Porque quiero jugar al fútbol con el señor Hopkins... y seguir en la clase que... que usted tiene a su cargo... porque usted... usted es muy buena, señorita Nora...—murmuró Dewey tan emocionado que Nora, sorprendida, se echó a reír.

—Perdóneme si la he ofendido—rogó Dewey, tomando aquella risotada por una burla.

—¿Ofenderme? Al contrario... me halaga parecerte buena, Dewey. Vamos, sé un hombrecito... Hasta mañana, pequeño...

Le estrechó la mano y salió a la calle jugueteando con su larga sombrilla de encajes y batista.

A la puerta de la casa, pacientemente esperando, estaba Dan Hopkins sentado en su automóvil, un pequeño Ford que hacía todas

sus delicias. Nora le miró entre sorprendida y halagada, como si aquello fuera la realización de una esperanza que hubiera estado sosteniendo durante todo el tiempo que duró su conversación con el pequeño Roberto, y, acercándose a él, le saludó con un poquitín de coquetería, con esa brizna de coquetería que late en toda mujer y que se manifiesta siempre que un hombre muestra deseos de hablar con ella y de alcanzar algo que no se atreve a pedir.

—Cree que tenía usted mucha prisa, señor Hopkins...

—No he podido marcharme por culpa del carburador—replicó Dan, como si de veras dijera la verdad.

—¿Qué contratiempo?

—Siempre me pasa lo mismo—aseguró Dan, que había bajado del coche y hurgaba ahora en el motor con mucha atención.

—Bien... no tendré más remedio que ir a pie... ¡Yo que confiaba en que me llevara usted en su coche! —suspiró Nora, mirando a Dan con aquella coquetería casi inconsciente, que asomaba a sus ojos de mujer joven y bonita, que se sabe admirada.

—¡Ya está arreglado! —aseguró Dan, dando un brinco y cerrando de golpe el capó—. Suba usted y la acompañaré hasta donde quiera...

Me siento obligado a pedirle perdón...—murmuró Dan, después de haber acomodado a Nora en el asiento y haber ocupado él su lugar ante el volante.

—¡Nunca me han pedido perdón tantas veces seguidas en una misma tarde!—rió Nora, mientras el auto corría por la calle tranquila y libre de obstáculos.

—¿Se ha dado usted cuenta?

—¡Claro que sí!

—¿Y qué me contesta?—preguntó Dan con aquel dinamismo que le hacía vivir rápidamente y no pararse en nada que pudiera detener la marcha de su vital empuje.

—¿Qué le contesto... de qué?

—Del baile.

—¿Es esta noche? — preguntó Nora, sonriendo.

—Esta noche.

—¡Aceptado!

Se miraron a los ojos, se rieron como dos chiquillos. Aquella aceptación les hizo felices a los dos. Eran jóvenes y sentían despertar en sus corazones la maravilla del amor. No necesitaban nada más para encontrar encantadora la vida.

\*\*\*

Llegó el final de curso, los exámenes, el reparto de premios, la obligada fotografía de los alumnos

de cada clase, presididos por el director de la Escuela y por el respectivo profesor, mostrando visiblemente los diplomas obtenidos durante el curso que acababa de extinguirse, los despidos de ritual, el adiós a los discípulos que ya no volverían a la escuela, y el hasta luego a aquellos que prometían volver y que sólo aceptaban las vacaciones como un merecido descanso a sus desvelados estudios durante nueve largos meses.

Nora Trinell, como todos los demás profesores, se retrató, al lado del director, y rodeada de todos los alumnos de quienes se había ocupado durante el curso, orgullosa de ver el resultado obtenido por su clase en los pocos meses que ella se había podido dedicar a la enseñanza de los niños.

El director la felicitó cordialmente, le dijo que estaba muy contento de sus servicios, que deseaba muy de veras que en otoño ingresara en la escuela como maestra efectiva y que su mayor anhelo era que pasara unas venturosas vacaciones.

Era simpático el señor Steele, Un director consciente de su cargo, amante de la disciplina, intransigente con las faltas de sus subordinados, pero justo y recto como pocos, incapaz de cometer una in-

justicia ni de juzgar una acción si no tenía pruebas palpables y evidentes de la falta cometida. La señorita Nora Trinell había simpatizado con aquel viejo pulcro y amable que la trataba un poco paternalmente, porque la extrema juventud de la nueva maestra le daba derecho a ello.

También Nora se despidió de todos sus discípulos y besó a Kate y estrechó la mano de Dewey, sus dos alumnos favoritos, aunque ella misma no se lo quisiera confesar, siguiendo en esto el camino exacto trazado por las enseñanzas que había recibido en la Escuela Normal, consistentes en que jamás debía mostrarse preferencia hacia uno u otro alumno, por muy poderosos que fueran los motivos para ello.

Dewey se había quedado el último en la fila, para poder despedirse con más calma de la señorita Trinell y, cuando le tocó el turno, atajando la desbordada locuacidad de su padre que le acompañaba, dijo a Nora con seriedad de hombre:

—Volveré aquí en otoño... Ya sé que en la clase superior no será usted mi maestra, pero, en cambio, la podré ver todos los días y podré charlar con usted de barcos en las horas que no tengamos clase...

Nora se sintió conmovida por la expresión del pequeño, pero no du-

ró mucho su emoción, porque su pensamiento estaba embargado por otras ideas más avasalladoras que la turbaban y la inquietaban al mismo tiempo. Dan Hopkins, Dan Hopkins, Dan Hopkins... Era aquel nombre el que le martilleaba en el cerebro y le repercutía en el corazón. No sabía aún si estaba enamorada de él, pero tenía mucho miedo a enamorarse de verdad, y el miedo—aunque esto ella no lo supiera bien—era la más patente manifestación de que en realidad estaba perdidamente enamorada de aquel muchacho dinámico, alegre, divertido, que no sabía ni podía ni quería tomarse la vida en serio y que a todas horas la buscaba y la acechaba para hablarle de proyectos y planes futuros que, por el momento, ella no podía compartir.

Dan Hopkins... Le había propuesto ir a pasar juntos las vacaciones, pero Nora no había aceptado la invitación. Era peligroso. Lo mejor sería alejarse de su lado en aquellos meses de verano, y, lejos de su influencia directa, lograr leer claro en su propio corazón.

Al fin se decidió y fué a llamar a la puerta de la clase de Nadine Pries, una de las profesoras de la escuela, una mujer cincuentona, flaca, escuálida, pálida, una de esas mujeres que no han perdido por

completo su candor de niñas a través de los años y que conservan la dulce ingenuidad de una juventud que hace mucho, mucho tiempo que se esfumó.

—Nadine, lo he pensado todo mejor y he decidido ir a pasar las vacaciones contigo y las demás chicas—le dijo Nora, tratándola, benevolamente, de "chica", aunque en realidad todas las profesoras de la escuela hubieran podido ser más suyas dada la diferencia de edad que las separaba.

—¿De veras? ¡Qué alegría tan grande me das! Verás qué hotelito más mono, qué deliciosa calma, qué panorama tan bello... Lo pasamos muy bien. Es el lugar ideal para reposar tranquilamente después de las tareas del curso... Espera, voy a enseñarte unas fotografías...

—Bien, te espero...

Se quedó sola muy pocos instantes, porque la puerta se abrió para dar paso a Dan Hopkins.

—¡Dan!...—exclamó Nora, agradablemente sorprendida.

—Señorita... —murmuró él, sentándose modosamente en uno de los pupitres, como si fuera un alumno vergonzoso.

—¡Ja... ja... ja! Creí que te habías marchado—dijo Nora, riéndose con su fresca y juvenil carcajada, aquella carcajada contagiosa que le

florecía en los labios con mayor frecuencia desde que se había hecho buena amiga de Dan.

—Ya ves, no me he marchado... y ha sido por tu bien. Quiero convencerte de que vas a hacer una tontería si no te decides a venir a pasar las vacaciones conmigo.

—Pues ya tengo decidido todo lo contrario... Me voy a pasar las vacaciones con Nadine y las demás profesoras.

—¿Dónde?

—A Willow Spring.

—Entonces has decidido no divertirme.

—He decidido descansar, estudiar, preparar mi curso próximo y...

—... ¡Aburrirte como una ostra! —la interrumpió Dan con vehemencia.

—Dan... debes comprender las cosas. ¿Cómo puedo ir contigo?

—Comprando un billete de ferrocarril para el mismo sitio donde yo voy.

—Soy una maestra, Dan.

—Y yo soy maestro... ¿Y qué? Esto no quiere decir que tengamos que ser tan anticuados como Nadine Price. Entre tú y yo estoy seguro que no sumamos todos los años que ella tiene... Tú eres joven y has de vivir tu juventud...

—Ya he tomado mi determina-

ción — replicó Nora, muy seria y convencida.

—¡Cámbiala! — afirmó Dan, con la mayor sencillez.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no.

—¡Ah!... ¡Poderosa razón de mujer! ¡Porque no!... Con esto está ya todo explicado... Porque no... porque sí... Y cuando os veis muy apuradas, decís: "Sí, pero no..." ¡Y os quedáis tan tranquilas, como si hubierais dicho la más rotunda de las sentencias! Piénsalo bien, Nora. Piensa bien lo que es pasar tres meses paseando en barca, nadando, viviendo una vida alegre y juvenil. Dí la verdad... A pesar de que dices que no... ¿verdad que te gustaría venir conmigo?

—Aunque me guste... no pienso ir contigo...

Entró Nadine Price antes que Dan hubiera podido replicar a Nora. La vieja solterona llevaba un montón de fotografías en la mano y mostrándoselas, le dijo a Nora:

—Mira, aquí están... Esta es la terraza donde hacemos labor... yo estoy aquí, la tercera a la derecha. Las fuentes no se ven en la fotografía, pero desde la terraza se las oye cantar...

—No irá usted a decir, señorita Price, que va a veranear a Willow

Spring... — dijo Dan, horrorizado.  
—Me han dicho que es un lugar muy mundano, impropio para señoritas solas...

—Está usted muy mal informado, señor Hopkins... ¿O es que se burla de mí? — preguntó Nadine con ingenua sonrisa, sin ofenderse, porque ya estaba acostumbrada a las continuas bromas del profesor de cultura física.

—Soy incapaz de semejante cosa, señorita Price.

—¡Ah... si supiera usted qué ratos tan maravillosos pasamos allí! —suspiró Nadine, romántica y sentimental.

—Los imagino... — replicó Dan, en el mismo tono—. Paseos por el bosque con las compañeras para co-ger flores silvestres... dormir unas siestas de varias horas todos los días, incluso los domingos... hacer maravillosas labores de punto... y jugar unos apasionantes partidos de croquet...

—Sí... eso es. ¿Cómo lo sabe usted? ¿Ha estado allí alguna vez?

—Aun no... pero creo que no me lo debo perder... y acaso este verano lo aproveche para conocer ese rincón paradisíaco del mundo—dijo Dan mirando a Nora y marchándose tarareando una canción, con las manos metidas en los bolsillos, con aire indolente, como si le importa-

ra un ardite la negativa de Nora, aunque Nora sabía bien que todo aquello no lo hacía más que para hacerla enfadar.

Y Nora se marchó con sus compañeras a Willow Spring. El programa resultó idéntico a lo que había dicho Dan Hopkins. Pasaban largas horas en la terraza, en unas mecedoras que se balanceaban todas a un tiempo, bostezando apaciblemente en espera de la hora del almuerzo. Las conversaciones eran triviales, aburridas, sin interés alguno. Por la tarde daban un corto paseo por el bosque recogiendo florecillas silvestres y luego jugaban al croquet, el juego más aburrido de la tierra, pensaba Nora mientras manejaba con desgana el mazo para golpear la pelota de turno.

Al día siguiente ya estaba arrepentida de haber tomado la determinación de pasar el verano con sus compañeras, y empleaba la mayoría de las horas en dejar divagar su imaginación hacia otros horizontes... hacia aquellos paisajes que Dan le había descrito... El río... la barca para pasear largamente... los baños... las correrías por los montes... la alegría sana y juvenil que le hubieran brindado unas vacaciones al lado de aquel muchacho que, sin ella darse cuenta, se había apo-

derado por entero de su corazón de chiquilla de veinte años.

Hacia sólo una semana que había llegado a Willow Spring y el tedio amenazaba ya consumirla.

Jugaba al croquet por dar gusto a Nadine, que se había convertido un poco en su madrecita, pero jugaba con desgana y, si acertaba alguna buena jugada, era por pura casualidad. Nadine tenía que sacarla constantemente de sus abstracciones y darle órdenes para que no estropeará el juego. La imaginación de Nora volaba hacia Dan y huía del juego monótono y aburrido con aquellas mujeres casi viejas que llevaban vestiditos floreados y vaporosos como si fueran muchachitas recién salidas de la Universidad.

Aquella tarde, Nora, apoyada en el tronco de uno de los árboles del jardín, se había perdido en una de sus grandes divagaciones, olvidando por completo el juego, sus compañeras y todo cuanto la rodeaba, cuando la voz de Nadine la sacó de su meditación.

—Te toca a ti, Nora... ¡Nora, te toca a ti!... ¿En qué estás pensando, criatura? Vamos, que juguemos de compañeras y no querrás hacerme perder el partido... Vamos, dale un golpe suavecito y ten cuidado de que vaya en línea recta...

Nora, distraída, dió el golpe a la pelota y, por mera casualidad, por uno de esos extraños azares del juego, hizo triple croquet. Nadine enloqueció de felicidad. Daba brinquito en torno a los arcos, chillando como una niña:

—¡Triple croquet! ¡Triple croquet!... Es la mejor jugada que he presenciado en mi vida... Ahora empuja mi pelota con un golpe muy suave...

Nora no la escuchaba. Había oído, a lo lejos, la bocina de un auto cuyo sonido le hizo sobresaltar el corazón. Primero creyó que era una alucinación, pero luego, al sonar de nuevo la bocina con mayor insistencia, tuvo la seguridad de que no se engañaba y, dando un terrible mamporro a la pelota, que salió disparada hacia la lejanía, corrió tras ella... corrió... corrió... para echarse en los brazos de Dan, que la estaba esperando junto a su pequeño Ford.

—¡Dan!... ¡Qué sorpresa! —exclamó Nora, riendo feliz al verse junto a su amado.

—¡Hola, Nora! —replicó Dan, con un fingido aire de indiferencia. —Estaba por casualidad cerca de aquí... a unos cuatrocientos kilómetros, y pensé llegarme en un momento a saludarte...

—Me has dado una gran alegría.

—¿Te parece que demos un paseo en el coche? —inquirió Dan, abriendo la portezuela e invitando a subir a Nora.

—¡Claro que quiero! ¡Eso no tiene que preguntarse! ¡Vamos!... Tu cacharro no es precisamente un auto de lujo. ¿Hasta dónde te parece que podremos llegar?

—Podemos ir muy lejos...

—Ahí es, precisamente, donde quiero ir yo—replicó Nora, riendo dichosa mientras el auto emprendía una veloz carrera que debía tragar, a lo sumo, unos cuarenta kilómetros por hora.

—¿Sabes, Nora, que estoy enamorado de ti?—preguntó Dan, sin atreverse a mirar a su compañera de paseo, decidido a ir recto al asunto que le interesaba.

Y como ella no contestara nada, abstraída en la contemplación del paisaje, añadió:

—¿Has oído lo que te he dicho?

—Sí.

—A ver, repítelo.

—Has dicho que estabas enamorado de mí.

—Menos mal que me escuchabas. Supongo que tendrás algo que contestar, ¿no?—insistió él, al no escuchar réplica alguna en labios de Nora.

—Nada... excepto que... Dime, Dan, ¿estás seguro?

—¿Seguro?... El amor no es un problema de aritmética, señorita Trinell.

Nora rió la gracia del muchacho. Bien hubiera querido contestarle que también ella se sentía enamorada y que aquella hora era la más dichosa de toda su existencia, pero prefirió callar, con esa precavida prudencia de todas las muchachas frente al amor naciente.

—Nora... el amor no es un problema aritmético, te lo aseguro... no puede comprobarse ni conocer los resultados... El amor se siente o no se siente... Ese es todo su intrínseco. Ya ves que es la cosa más simple de la tierra...

Nora se dejó convencer. Claro, se siente o no se siente, y ella sentía el amor con la misma fuerza avasalladora de Dan. Y no pensó en nada más que en pasar dichosas aquellas vacaciones, disfrutando de los paseos en lancha, de los baños en el río, de las caminatas por el monte, de las comidas sabrosas y escogidas que les daban en la posada, aquella posada perdida en lo más intrincado del bosque, a orillas mismas del río, lugar delicioso y apacible para unas vacaciones como las que ahora estaba gozando Nora al lado de Dan.

Iban al río todas las mañanas, navegaban por él empujados por el

viento o la corriente, y, al medio-día, se lanzaban al agua y nadaban lo suficiente para que se les despertara un apetito formidable.

Nora jamás había sido tan dichosa. En la posada, el matrimonio que la regentaba, había simpatizado con aquellos muchachos, que no dudaban ni un momento que eran novios, porque el amor, como el dinero, no puede estar secreto. En los ojos de Nora y de Dan se leía bien a las claras que se querían, y el viejo matrimonio aprobaba aquellos amores, porque también ellos habían gozado así allá, en su primera juventud, cuando comenzaban a sentir las primeras inquietudes de la gran locura que les tenía que llevar al matrimonio...

—Me parece que esa pareja acabará casándose—comentó la mujer, un día en que les estaban esperando para la comida, viéndoles salir gozosos del agua, jugando como dos niños en día de fiesta escolar.

—¡Mal negocio!—gruñó el marido, masticando un cigarro.

—¿Para ellos?

—Para nosotros.

—¿Y qué tenemos que ver nosotros en todo esto?

—¡Pues sí que entiende en negocios mi mujer!—exclamó el marido, riendo—. No seas tonta... Cuando se casen nos alquilarán una so-

la habitación, en vez de dos, como ahora... y seremos nosotros los que salgamos perdiendo.

—¡Ja... ja... ja! Pues aun así, celebraría mucho verles casados—afirmó la buena mujer, entrando de nuevo en la casa para preparar la comida, porque sus huéspedes iban llegando ya.

\*\*\*

Bien ajenos estaban los dos profesores más jóvenes de la escuela del señor Steele a lo que sucedía en el pueblo mientras ellos gozaban de la dicha de unas vacaciones sin nubes. Dan y Nora disfrutaban intensamente de aquellos meses de paz y de bonanza, recobrando fuerzas para comenzar el curso y haciéndose al propio tiempo mil promesas para un porvenir dichoso que se pintaban ellos con los más vivos colores de la realidad más halagadora.

Ni por un instante cruzó por su mente la idea de que pudiera interpretarse de modo torcido aquella convivencia que ellos encontraban tan natural. Ni por un momento enturbió la dicha de que disfrutaban la idea de que malas querencias o ideas demaniado estrechas y ruines pudieran aniquilar tanta felicidad de un solo trazo y por una

inflexible disciplina llevada a la mayor exageración.

El director de la escuela, el señor Steele, no había abandonado la ciudad en todo el verano y, como eran bastantes las familias de sus alumnos que allí se habían quedado, solía visitar con alguna frecuencia a aquellos por quienes la escuela sentía predilección. Una de las familias privilegiadas con la visita del señor Steele era la de Dewey Roberts, con quienes departía amistosamente y formaba planes para organizar fiestas benéficas o llevar a cabo la construcción de escuelas gratuitas para los hijos de los parados, protegiendo así el patrimonio intelectual del pueblo, entre el que, la mayoría de las veces, brotan los grandes genios.

Una tarde, cuando ya se había despedido de los padres de Dewey y de otros amigos que habían estado allí, de tertulia, matando las horas de la calurosa tarde estival, el señor Steele se cruzó con el niño, que llevaba en la mano una de sus embarcaciones y corría hacia el río para hacerla navegar.

—Adiós, pequeño... ¿Dónde vas? —le preguntó.

—Al río a ver qué tal navega este barco que acabo de construir.

—¡Ah!... Es uno de esos barcos de juguete de los que tanto me ha-

bla tu mamá... A ver, deja que lo vea... Es un juguete muy lindo—aseguró Steele, que no entendía gran cosa en barcos.

Dewey se sintió herido en su amor propio:

—No es un juguete, señor Steele, sino un barco de verdad, la miniatura de un modelo auténtico.

—¿Y de dónde has sacado el modelo?

—De la fotografía de uno de verdad... Mire—añadió, sacando de su bolsillo dos postales—. El señor Hopkins me mandó una foto del costado y la señorita Trinell otra del frente, y yo he podido reconstruir exactamente el barco que tenían ellos para pasear este verano.

—¡Ah... interesante... muy interesante!—murmuró Steele, en cuyo cerebro comenzaba a despertar una sospecha—. ¿Puedes dejarme estas fotografías? Te las cuidaré bien... Me gusta el barquito...

—¿Le gustan los barcos? Pues puedo traerle más fotografías, con todas las medidas y todos los datos.

—Gracias, Dewey... Con estas dos tengo bastante... —murmuró Steele, guardando en su cartera las dos postales, que había leído rápidamente. Las dos estaban fechadas en el mismo lugar y las dos contenían frases optimistas. ¡Ah, la



—Discutíamos acerca de la legalidad del nuevo impuesto...



—¿Verdad que te gustaría más jugar que ir al teatro?



—Le ha tirado él... Ha sido una traición.



En el momento de abrir, se dió de manos a boca con Nora...



— y el baile que dan en el Club esta noche.



— ¡No había vuelto a ver un barco desde que sali de casa...  
y el primero que veo lleva mi nombre!



—Perdóneme si la he olvidado.



—¡Ya está arreglado!



—Las fuentes no se ven en la fotografía, pero desde la terraza se los oye cantar.



—Ha descubierto que el señor Hopkins tenía relaciones ilícitas con una muchacha...



—¿Y qué más decía la carta?



—Queremos vivir dos semanas de dicha. Y empezaremos aquí...



No se dieron cuenta de que aparecía en el umbral la figurita de Dewey...



—Me asusta ante la idea de quedarme sola.



—Dewey, ya no te he engañado nunca.



—¿No te llevas tus barcos, Dewey?

juventud... la juventud! Pero él no podía dejar que aquello ocurriera en su escuela. ¡De ninguna manera consentiría en que la desmoralización pudiera cundir entre su cuadro de profesores, siempre intachable!

Se encaminó a la escuela con una decisión tomada de antemano. Y esperó pacientemente que llegara el día del regreso de todos los profesores para obrar en consecuencia.

No se hizo esperar aquel día. A fines de septiembre se reunieron todos en la escuela y se cambiaban saludos cordiales entre ellos, preguntándose con frase de ritual:

—¿Cómo le han probado a usted las vacaciones?

Nora y Dan habían decidido no dar a conocer sus amores a nadie, ni decir que habían estado juntos pasando las vacaciones. Habría tiempo para todo ello. Tenían la seguridad de que si el señor Steele averiguaba su noviazgo no le gustaría que estuvieran los dos en la misma escuela. Y era preciso trabajar aún para poder luego formar mejor el hogar que tenían proyectado establecer.

Por esto Nora, al encontrarse en la escalera con una de sus compañeras y ser preguntada con la frase que estaba aquel día en todos los labios:

—¿Cómo ha pasado usted las vacaciones, señorita Trinell?

Contestó con una mueca de disgusto:

—¡Me he aburrido horriblemente!

—¿De veras?

—Sí—aseguró Nora, mirando a Dan con picardía, porque también él subía la escalera y tomaba parte en la general pregunta.

—Siento en el alma que se haya aburrido usted tanto, señorita Trinell—dijo Dan muy serio—. En cambio, yo lo he pasado estupendamente.

Y siguió su camino, como si le importara un comino el aburrimiento de la señorita Trinell.

—¿De verdad se ha aburrido?—preguntó la compañera de Nora cuando Dan se hubo alejado.

—Lo he pasado admirablemente, pero es una cosa que al señor Hopkins no le importa nada—replicó Nora.

Dejó a su compañera en la clase y ella siguió avanzando por el pasillo hacia la suya. Dan le salió al encuentro, desprendiéndose del rincón de una columna en el que se había escondido como un niño que juega.

—¿Está contenta de su veraneo, señorita Trinell?—le preguntó, co-

giéndola por ambos brazos con intención de besarla.

—No seas imprudente, Dan...— suplicó Nora, mirando a todas partes asustada, por temor a que alguien pudiera verles y descubrir su secreto.

—No, señorita... no soy imprudente, pero te adoro.

—Dan, voy a tener que enfadarme contigo — insistió Nora, queriendo desprenderse de los brazos del muchacho.

—No te enfades... ¡estás tan bonita cuando sonríes!... Toma...—y le dió un beso en la mejilla.

—¡Dan!...

—No me regañes, maestra... ¡Te quiero! ¡Te quiero! ¡Te quiero!— exclamó Dan con aquella vehemencia que ponía en todas sus cosas y que se desbordaba en su amor.

—¿Quieres que pierda mi empleo?

—Sí... Te lo haré perder yo... por Navidad. No podré esperar hasta final de curso... ¡ya verás!

Se separaron bruscamente al escuchar pasos y se saludaron respetuosos, como dos compañeros de trabajo únicamente:

—Celebro que pasara felices vacaciones, señorita Trinell...

—Gracias, señor Hopkins — replicó Nora, entrando en su clase tranquilamente.

Dan se encontró frente a la secretaria del señor Steele.

—Señor Hopkins, el señor Steele desea verle... Está en su despacho.

Dan acudió a la llamada del director, sin sospechar ni remotamente lo que pudiera ir a decirle.

—Buenos días, señor Steele... ¿Me llama usted?—preguntó, sonriendo al director, que le lanzó una mirada glacial.

—Sí... deseo hablarle...—carraspeó como si buscara la frase justa para empezar, y siguió diciendo:— Ha llegado a mis oídos un asunto que le concierne.

—Usted dirá.

—Es un asunto delicadísimo y de suma importancia para nuestra escuela.

—Usted dirá —repitió Dan, que no comprendía a qué venían todos aquellos preámbulos.

—Bien... Siéntese, señor Hopkins.

El director abrió un cajón de la mesa, sacó de él las dos fotografías del balandro, tendió una de ellas a Dan y le preguntó:

—¿Conoce usted esta fotografía?

—Sí, señor, es el "Mabel", el balandro que he tenido este verano para mis pascos por el río... Le mandé a uno de mis discípulos.

—Bien, señor Hopkins... En los

veintitrés años que llevo en este Colegio no ha habido jamás el más pequeño escándalo que enturbie mi conducta...

—Confieso que no comprendo sus palabras, señor Steele.

—...y para evitar la posibilidad de un escándalo—siguió diciendo el director sin hacer caso de la interrupción—, le suplico que presente su dimisión.

—¡Señor Steele!—exclamó Dan, poniéndose en pie como si le hubiera picado una víbora.

—Y ha de ser hoy mismo... Si se niega a hacerlo tendré que despedirle inmediatamente.

—Espere... espere un momento... ¿No habría...?—balbució Dan, que estaba por completo aturdido por lo inesperado del golpe.

—No espero nada, ni un momento, ni un segundo. Es mejor que arreglemos esto antes que pueda saberlo la gente y sea peor lo sucedido.

—¿Pero qué está diciendo? ¿Qué es eso de que habla? ¿De qué se puede enterar la gente?—preguntó Dan, que iba perdiendo su propio control.

—Usted mismo ha confesado que envió esta tarjeta a uno de sus discípulos.

—Claro que sí... No pretendo ne-

garlo. ¿Pero qué tiene que ver esto?

—No pretenderá atribuir a casualidad que esta fotografía del mismo balandro fuera enviada desde el mismo sitio y casi al mismo tiempo—dijo el señor Steele, inflexible, tendiendo a Dan la postal que había escrito Nora al pequeño Dewey.

—Pero...

—Espero que no intentará convencerme o piense que soy tan inocente para creer en estas raras casualidades...

—Pero ¿cómo tiene usted estas tarjetas?—preguntó Dan, mirando una y otra perplejo, comprendiendo lo que Steele pensaba y sintiendo que el mundo se hundía a sus pies.

—Llegaron a mi poder por un incidente casual, y por fortuna he podido evitar que la imprudencia que han cometido se supiera y diera lugar a comentarios poco favorables para ustedes y, sobre todo, para la escuela... Puede estar seguro, señor Hopkins, que si las familias de los chicos que estudian aquí supieran que la señorita Trinell y usted habían pasado el verano juntos, lo más probable es que los desearan a los dos de la ciudad.

—¿Qué intenta usted insinuar al decir que hemos pasado el verano

juntos? — preguntó Dan, palideciendo de ira ante la infamante suposición que aquellas palabras encerraban.

—Señor Hopkins, se aparta usted de la cuestión. No soy yo quien debe juzgar su conducta moral... pero, por desgracia, tampoco puedo controlar la opinión pública.

—¿Qué tiene que ver la opinión pública con unas vacaciones ingenuas y dichosas?

—Señor Hopkins, la vida de un funcionario del Estado depende de los demás... Es usted maestro, lo mismo que yo, y debe dar ejemplo de honradez y rectitud de conciencia. Por esta razón a mí no me queda más remedio para cumplir con mi deber que pedirle que presente hoy mismo su dimisión.

—Está bien... Sólo deseo saber una cosa... ¿La señorita Trinell se verá envuelta en este asunto?

—Lo que tengo que decir a la señorita Trinell se lo diré reservadamente, lo mismo que se lo he dicho a usted — replicó el director, inflexible.

Dan, en tono suplicante, con la voz conmovida, se dirigió al señor Steele:

—Se lo ruego, señor director... Si en este caso hay algún culpable, soy yo solamente... La señorita Trinell no tiene nada que ver con

todo esto. Fui deliberadamente a buscarla donde ella estaba y la arranqué de allí a viva fuerza. Debo ser el único en sufrir las consecuencias si he faltado en algo a la escuela... Si presento mi dimisión hoy... ahora mismo... ¿no será suficiente? Es inútil dar más pábulo al asunto y causarle a ella, que es por completo inocente, una violencia semejante. ¿Para qué tiene que enterarse siquiera, puesto que, según ha dicho usted, no lo sabe nadie más que usted? ¿Sería terrible para ella pedirle que dimitiera! ¿Es una mujer, casi una niña! ¿Adora su carrera! Se lo ruego, señor director.

—Bien... sea... Si se marcha usted hoy mismo, nada sabrá la señorita Trinell.

Dan salió del despacho del director con el corazón destrozado, pero pronto se repuso y corrió a la clase de Nora, entreabrió la puerta e interrumpió la voz de la maestra que explicaba algo a sus alumnos, diciéndole:

—Hace el favor un momento, señorita Trinell...

—¿Qué quieres, Dan? ¿Qué ocurre? — preguntó Nora saliendo al pasillo y cerrando la puerta de la clase.

Dan la cogió por los dos brazos, la hizo apoyar en la pared y se la

quedó mirando apasionadamente:

—¡Estás preciosa! ¡No te había visto nunca tan bonita como hoy! Por un momento había olvidado el color de tus ojos.

—¡Ah, Dan!... ¿Y me haces salir de la clase para decirme...?

—¡Calla, tontísima!... Ven, apóyate en la pared por si te desmayas... Tengo que decirte una cosa importantísima que te va a dejar sin habla.

—¿Te has vuelto loco?— inquirió ella mirando a su alrededor asustada, temiendo ser descubierta por alguien.

—Sí, me he vuelto loco... loco por ti... Vamos, Nora, déjalo todo y sígueme... Quiero que vayamos a conquistar el mundo juntos...

—¿Qué estás diciendo? Voy a creer de veras que has perdido la cabeza.

—Nunca estuve más sensato, Nora. ¡Vámonos!

—No... Pero ¿qué te pasa, Dan?—inquirió ella al ver la exaltación del muchacho y la expresión desconocida que asomaba a su rostro.

—Que soy feliz, Nora... Que te quiero... Que no puedo esperar más tiempo ni vivir sin ti... Vamos... ¿tendrás valor?

—¿Valor para qué?

—Para dejar la escuela y casar-

te conmigo en seguida, hoy mismo si puede ser.

—Pero, Dan... estoy aquí de maestra para todo el curso...

—Dímite.

—¡Ah... no! ¿No comprendes que tenemos muchas responsabilidades? No podemos abandonar nuestras obligaciones sólo por capricho...

—Yo sí... estoy decidido. Me he dado cuenta de que si esperaba hasta Navidad, como te prometí, perdía el tiempo tontamente, y he dimitido...

—No... no... ¡Debiste hablar conmigo antes de hacerlo! ¿Qué ha dicho el señor Steele?

—Nunca le he visto tan enfadado. Se negaba a admitir mi dimisión... pero acabó por comprender mis razones y...

—Dan, has cometido un error—dijo Nora, mirando a Dan con extrañeza, porque todo aquello le parecía raro incomprensible, sin coordinación alguna con los hechos y con lo que habían ambos planeado aquel verano.

—Te aseguro que lo tengo bien pensado y que he hecho perfectamente. Tenía que dimitir. Nunca llegaría a nada siendo maestro de escuela. Puedo triunfar en otras ramas y en ciudades grandes donde no haya restricciones para el

trabajo... Pero tú tienes razón al no querer dimitir... Sería una imprudencia que abandonáramos los dos a un mismo tiempo la escuela...

Nora se cubrió los ojos con las manos y dió un hondo suspiro. No comprendía nada de todo aquello:

—¡Ah!... ¡La cabeza me da vueltas! Esta mañana todo era tan hermoso... y ahora, sin más... dices que te marchas... ¿Y cuándo te irás?

—Ahora.

—¿Ahora? —inquirió la muchacha abriendo mucho los ojos que estaban cuajados de lágrimas.

—Sí, cuanto antes nos separemos, antes estarás conmigo; el tiempo vuela y hay que aprovechar las ocasiones.

—¡Ah... no, Dan, no...! — gimió Nora, echándose en sus brazos—. ¿Estás seguro de lo que vas a hacer?

—Sí, Nora, lo hago después de haberlo meditado mucho... Piénsalo tú también con tranquilidad y verás que es lo mejor.

Tenía que hacer esfuerzos sobrehumanos para no contarle la verdad, pero le daban fuerza para seguir mintiendo aquellos ojos dulces y buenos, confiados y amantes que estaban suspensos en él entregándole todo lo mejor de un alma enamorada. No podía, no debía enturbiar la confiada inocencia de

aquella mirada. Sonrió a Nora, mientras se separaba de ella y comenzaba a bajar la escalera:

—Quisiera que no fueras una maestra y que no estuvieran esperándote los chicos del octavo grado... ¡porque quisiera besarte antes de marcharme!

—¡Dan! — exclamó ella, con la voz estrangulada por las lágrimas.

—Escribeme al Club de Ingenieros de Chicago... Yo te escribiré todos los días; haz tú lo mismo... ¡Adiós!

Bajó el primer tramo casi de un brinco. La voz de Nora le hizo detenerse y volverse hacia ella.

—¡Dan! ¡Dan!... ¿No me ocultas algo? Dímelo francamente. No comprendo lo que está pasando.

—Ten confianza en mí, Nora... ¿Cómo puedes creer que yo te oculte algo, si conoces todos los secretos de mi corazón?

—No sé... es que... nunca te he visto así desde que nos conocemos. Veo algo raro en tus ojos... Siento una extraña inquietud dentro de mí, como presagio de mal augurio.

—Confía en mí, Nora... Tampoco yo había sentido nunca lo que hoy siento... Te prometo volver pronto a poner un anillo en tu dedo y a traerte la felicidad...

—¡Dan... te quiero tanto! — exclamó Nora haciendo un gesto para

bajar la escalera y abrazar nuevamente a Dan.

Pero éste la detuvo:

—No... no bajas, por favor... Deja que llene mis ojos con la imagen de la señorita Trinell tal como es, tal como la están esperando los niños en su clase... Así... Sonríe un poco para que no sea tan triste la imagen que lleve en mí grabada... Así... gracias... ¡Adiós!

Volvió la espalda y bajó la escalera con la velocidad del rayo, sin mirar de nuevo a Nora para que ésta no pudiera descubrir que también en sus ojos de hombre había lágrimas de debilidad y de dolor.

Al mediodía, después de la comida, Nora se retiró a su cuarto. Su cabeza le daba vueltas. No acertaba a comprender la súbita decisión tomada por Dan y su pobre cerebro había estado toda la mañana imaginando los más absurdos y extraños argumentos para hallar explicación a aquel caso inaudito.

Sentía una profunda tristeza. La escuela, sin Dan, le parecía árida y sin atractivo. Había llegado a ella, hacía muy pocas horas, con el alma cargada de ilusiones y dorados sueños, y ahora se sentía de pronto sumida en un caos. ¿Qué podía haber ocurrido? ¿Por qué Dan no le había hablado jamás de aquel proyecto de dejar la escuela

antes de empezar el curso y precisamente el día de su misma inauguración? ¿Podía tener fe en sus palabras? ¿No sería todo un subterfugio para huir de ella?

No acertaba a explicarse ninguno de los interrogantes que se formulaban en su espíritu, cuando entró en su habitación Nadine Price, que sentía una simpatía especial por Nora.

—¿Estás aquí? Hace rato que te ando buscando. No creí que en un día tan bonito estuvieras encerrada en tu cuarto—dijo Nadine, al entrar, sin fijarse en la expresión desolada que se reflejaba en el rostro de su amiga.

—Me he retirado a descansar un poco—replicó Nora vagamente.

—¿No sabes la noticia?

—No...—contestó Nora, fingiendo desconocer lo que imaginaba iba a decirle Nadine.

—Ha circulado ya por toda la escuela.

—¿Qué pasa? Siéntate, Nadine, y cuenta lo que sepas—rogó Nora, que quería conocer qué era lo que había ya circulado por toda la escuela.

—El profesor Hopkins se ha marchado—dijo Nadine con voz misteriosa.

—¡Bah... si no es más que esto ya lo sabía! Ha venido a despedirse

antes de marcharse—replicó Nora, decepcionada.

—¿Se ha despedido de ti? ¿Y te ha dicho por qué se marchaba?—preguntó, con gran curiosidad, la vieja señorita Price.

—Sí.

—No te habrá dicho la verdad, estoy segura.

—Y yo estoy segura de que me ha dicho la verdad. No había razón alguna para que me mintiera.

—¿Qué es lo que te ha dicho?

—Que se marchaba porque había encontrado un empleo mejor en Chicago.

—Estaba segura de que no te había dicho la verdad—aseguró Nadine con aire de triunfo.

—¿Qué es lo que te hace suponer semejante cosa? —preguntó Nora, temiendo escuchar de labios de su compañera algo desagradable.

—Verás, la secretaria del señor Steele acaba de contarme la verdad de este misterioso asunto... Lo que ha ocurrido es que el profesor Hopkins ha tenido que abandonar esta ciudad para no verse envuelto en un escándalo.

—¿Qué clase de escándalo?—dijo Nora, palideciendo.

—Me ha dicho la secretaria que ella no pudo oír bien toda la conversación, pero creo que el señor

Steele estaba furioso. Ha descubierto que el señor Hopkins tenía relaciones ilícitas con una muchacha, sin que nadie lo sospechara.

—¡Bah... qué tontería!—exclamó Nora levantándose y paseando nerviosa por la habitación, como si quisiera esquivar los malos pensamientos—. ¿Y con quién tenía relaciones?

—Eso iba a decirte... Verás... según parece él envió varias cartas a la chica y unas fotografías que por casualidad cayeron en poder del señor Steele. Por lo visto se conoce que los padres de la chita encontraron las cartas y vinieron a dar cuenta de ello al señor Steele...

La fantasía desbordada de dos solteronas había aumentado y corregido, a su placer, toda aquella historia que, al pasar de boca en boca, iba tomando proporciones de verdadera catástrofe. Nora escuchaba angustiada las palabras de Nadine, sin interrumpirla, dejando que explicara a su sabor todo cuanto supiera de aquello que a ella, más que a nadie, podía interesar de verdad.

Nadine continuó, sin sospechar todo el daño que sus palabras hacían a la desdichada Nora:

—La secretaria del señor Steele me ha asegurado que éste estaba enojadísimo, y que oyó cómo decía

con voz de trueno: "Si se niega a dimitir hoy mismo, señor Hopkins, no tendré más remedio que despedirle inmediatamente". Y entonces el señor Steele cerró de golpe la puerta del despacho que comunica con el de la secretaria.

—Y... ¿no has podido averiguar qué decían esas cartas?—preguntó Nora, fingiendo indiferencia tras la que trataba de disimular su angustia.

—No pudo oír bien el resto de la conversación, como te digo, pero dice que se enteró del nombre de la muchacha...

—¿Y era...?—preguntó Nora con el ansia reflejada en sus ojos.

—Mabel...

—¿Mabel? ¿Mabel... qué? — inquirió Nora, hurgando en su imaginación para averiguar quién pudiera ser aquella Mabel.

—No sé... Hemos pasado dos horas buscando en los libros de registro de entrada de alumnos para encontrar este nombre y resulta que hay nueve chicas en el curso superior que se llaman Mabel... ¿Cualquiera adivina cuál de ellas es! ¿Verdad que es una lástima?

Nora se apretujaba las manos una contra otra para dominar su creciente nerviosismo.

—Aquí hay muchas habladurías.

Todo eso que han hecho correr es mentira—dijo al fin, exasperada.

—¿Mentira? ¡Pero bien es verdad que Hopkins presentó su dimisión... y que se ha marchado de la ciudad... puesto que ha venido a despedirse de ti!—murmuró Nadine.

Nora, con ira mal contenida, replicó, yendo directa a la puerta de la habitación para salir de ella y poner punto final a aquella conversación que la exasperaba:

—¿Quieres saber lo que opino al respecto? Pues... que una de esas Mabel es la muchacha más afortunada de toda la ciudad.

Se fué abajo, buscando reposo, y se encontró con Dewey que llegaba en aquel momento con un precioso barquito en sus manos.

—¡Señorita Trinell! ¡A usted la buscaba! — gritó el niño con alegría—. Mire lo que he hecho para usted... ¿Le gusta?

Nora cogió el barco, lo miró sin curiosidad ni interés, absorta en sus negros pensamientos, y, como ausente, dijo al niño:

—Es precioso... gracias, Dewey...

—Pero... ¿no reconoce usted al "Mabel"? — preguntó Dewey, decepcionado de aquel frío recibimiento que se hacía a su obra maestra.

—¿El Mabel?... ¿Mabel?...—repi-

tió Nora, cambiándosele la expresión taciturna de su rostro en la más inefable y dichosa de sus sonrisas—. ¡Claro... el Mabel! ¡El Mabel!...

—Lo copié de la tarjeta postal que usted me envió y que vine a completar la que me había mandado el señor Hopkins... Así, con las dos, pude copiar el frente y el costado... y me ha salido perfecto...— dijo el niño, sin sospechar, en su ingenuidad, que estaba dando a Nora la clave de un cruel y terrible enigma.

—Así... ¿el señor Hopkins te mandó también una tarjeta con la fotografía del "Mabel"?—preguntó, como si fuera buscando aún más clara explicación a todo aquello que ahora se le aparecía tan claro y que hacía sólo unos minutos le parecía haber destrozado su vida entera.

—Sí, sí, señorita Trinell... Recibí casi al mismo tiempo las dos postales. ¡Cómo me hubiera gustado ir con ustedes de veraneo! ¡Cuánto se deben haber divertido!

—¡Mabel!... ¡Mabel!... ¡Mabel!...—repetía Nora, loca de alegría—. ¡Pues claro, Dewey! ¡Se llamaba Mabel nuestro barco! ¡Ja, ja, ja!... Dime, Dewey, ¿enseñaste a alguien las fotografías del "Mabel"?

—Sólo se las enseñé al señor director.

—¿Sólo al señor Steele? ¡Ah, Dewey, gracias, gracias! Estoy encantada con el barquito. Te ha quedado idéntico a nuestro balandro... ¡Ah, Dewey, eres un encanto! Te debo un momento dichoso... y eso una mujer no lo olvida nunca.

Dewey miró sorprendido a la profesora y enrojeció hasta la raíz del pelo. No comprendía bien lo que Nora quería decirle, pero él se explicaba la frase a la medida de su imaginación infantil, aquella imaginación que comenzaba a despertar con la pujante virilidad del hombre y que el niño no acertaba a comprender bien todavía.

Nora no fué a su casa, sino a la oficina de telégrafos a poner un telegrama a Dan, ahora que conocía perfectamente bien las causas de su dimisión y que sabía que la imaginaria figura de aquella mujer que se llamaba Mabel, no era más que ella disfrazada con el nombre del balandro en el que habían pasado horas tan dichosas navegando sobre las aguas azuladas y quietas del río.

El empleado de telégrafos tomó el papel que Nora le entregó escrito, contó las palabras y, mirando a la mujer que tenía ante él, le preguntó:

—¿Diferido, verdad, señorita?

—No, no, corriente, por favor.

—Tiene más de diez palabras y le costará muy caro. Diferido lo recibiría por la mañana — insistió el empleado velando por los intereses de su cliente.

—Ha de recibirlo lo antes posible—insistió Nora.

—Es que... podría suprimir este último "cariño", porque ya lo ha dicho tres veces en el telegrama: "cariño, Nora", quiere decir lo mismo que "te quiero, te quiero, te quiero"...

—Déjelo como está escrito... Es que es una clave misteriosa—dijo Nora bajando la voz.

Y no mentía, porque... ¿qué más misteriosa clave que la del corazón humano?

\*\*\*

El árbol de Navidad estaba terminado. Lo contemplaba con júbilo Nadine, mientras encendía, una tras otra, las velitas de color que habían de poner sus destellos trémulos entre los regalos y los adornos de oro y plata que colgaban del simbólico árbol.

—¡Qué lindo ha quedado!—exclamó Nadine, con una alegría tan infantil y simpática que la devolvía a los primeros años de su infancia.

—Sí está bonito, sí... Y además tenemos la suerte de que está nevando. ¡Gracias a Dios! A mí, si no nieva, no me parece que estemos en Navidad—afirmó la señora Pettit, la dueña de la casa en donde se hospedaban las profesoras.

Nora, que también participaba en aquel júbilo general y en cuyo rostro se reflejaba una luz más luminosa que las que se iban encendiendo entre las ramas del árbol, ordenó a la señora Pettit que se ocupara de la cocina, que vigilara el pavo que estaba en el horno y que no se preocupara de nada más, porque ya ellas harían el resto.

Cuando Nora y Nadine se quedaron solas, la vieja solterona, con su curiosidad de niña que comienza a despertar a la vida, preguntó a Nora:

—¿Y qué más decía?

—¿Quién? — inquirió Nora, fingiendo no entenderla.

—La carta...

—¡Ah!... Verás — se apresuró Nora a decir, sacando la carta de su seno, donde la había guardado precipitadamente en una de las entradas y salidas de la señora Pettit.

—: "No me gusta aplazarlo, pero... pienso que tienes razón en querer terminar el curso. Además todo se ajusta perfectamente a nuestros planes, amor mío, porque en junio

mi compañía me va a enviar a Tegucigalpa..."

—¡Dios mío! ¿Dónde está esto? —se preguntó Nadine, que en aquel momento parecía que estaba ante un tribunal de examen, por lo atrofiada que sentía su memoria.

—No sé, no lo dice, pero asegura que hay muy buen clima. Está muy contento porque va prosperando de situación dentro de la compañía. Es un buen ingeniero. Mira, mira lo que dice aquí... "Toda mi ilusión es que llegue junio para verte con tu traje de novia".

—¡Ayl... —suspiró Nadine, poniéndose romántica y pensando en lo bello que debe ser vestir el traje de desposada.

—“El viaje a Tegucigalpa será nuestra luna de miel. Conoceremos las islas del mar Caribe que son tan hermosas. Haití... Trinidad... Cuba... Barbada...”

—¡Tegucigalpa, capital de Honduras! —exclamó Nadine dándose un golpe en la frente como si hubiera descubierto la piedra filosofal—. Produce plata y oro, población, cuarenta mil habitantes... ¡Ah no sé cómo había podido olvidarlo! Continúa... es interesante esa carta.

—Bueno... lo que ahora sigue es ya muy personal, Nadine —dijo Nora, un poco ruborosa.

—Vamos, léemelo, Nora; son tan bonitas las frases de amor aunque sean dichas a otra persona...

—Dice tan sólo... “Todos los países serán maravillosos estando contigo...”

El timbre de la puerta les interrumpió, Nora, creyendo que se trataba de alguna de sus compañeras que acudía a la celebración de la Nochebuena, corrió a abrir la puerta y dió un grito, un gran grito de júbilo y de sorpresa, un grito por el que se escapó todo su corazón.

—¿Qué pasa, Nora? —preguntó Nadine, desde el comedor.

—¡Nadine! ¡Nadine! ¡Mira qué sorpresa! ¡Mira quién ha venido!

—¡Felices Pascuas! —gritaba Dan Hopkins abrazando a todas las que le salían al paso, sin soltar de la cintura, por donde la había enlazado, a su dulcísima novia.

—¡Dan!... ¡Oh, Dan, qué alegría! —repetía Nora una y otra vez sin salir de su sorpresa y de su embeleso.

—¡Felices Pascuas, señor Hopkins! —saludó Nadine, en cuanto pudo articular palabra, después del pasmo que le había producido la presencia del novio de Nora.

—Señorita Nadine, un poco más de respeto... Soy el teniente Hopkins, del Regimiento Canadiense

de Ingenieros—dijo Dan, con aire cómico, exhibiendo su flamante uniforme.

Habían entrado en el comedor y los dos novios se miraban a los ojos con ansia de decirse muchas cosas. Nadine, comprendiéndolo así, murmuró:

—Nora, tengo unos problemas que corregir... Luego nos veremos.

Y salió del comedor cerrando la puerta cuidadosamente.

—¡Qué mujer más discreta! — exclamó Dan abrazando a Nora apasionado una y otra vez y cubriéndola de besos.

—No... Dan... no—suplicaba ella, sin esquivar aquellos besos que la llenaban de alegría y le producían un infinito bienestar.

—¡Cuánto te he echado de menos, amor mío!—musitaba él, sin hacer caso de sus débiles protestas.

—Y ahora vienes... con el uniforme de Ingenieros... ¡Ah, Dan, sabía que no podía durar! ¡Lo sabía... lo sabía!—sollozó Nora hundiéndose su frente en el pecho de Dan.

—No llores, te lo ruego... ¿No tienes confianza en mí? Tomando yo parte en la guerra se terminará dentro de seis meses... ¡No tiene más remedio, porque yo tengo prisa en volver!—dijo él, bromeando, con aquel optimismo que presidía

siempre todas sus palabras y todas sus acciones.

—¡No quiero... no quiero que te marches!—seguida llorando Nora.

—Vamos, no seas niña. En junio estaré de vuelta, porque tengo algo muy importante que hacer, algo mucho más importante que hacer la guerra... ¡No llores, chiquilla mía! Escucha... He venido porque tengo dos semanas de permiso antes de presentarme.

—¿Dos semanas?—preguntó Nora sorbiéndose las lágrimas y mirando a Dan con una sonrisa de ternura inefable.

—Sí.

—Dan... ¿quieres casarte conmigo en seguida? ¡Hoy mismo!

—Pero, señorita Trinell... ¡qué pronto tiene usted! ¡Estas cosas tan repentinas asustan! — exclamó Dan, embromándola, mientras la hacía dar vueltas en el aire en un raptó de alegría desbordada.

\*\*\*

Se casaron aquella misma Noche Buena y alquilaron un taxi para hacerse conducir hasta la granja situada a orillas del río donde aquel verano habían pasado las vacaciones más deliciosas de toda su vida.

Querían gozar aquellas dos semanas intensamente, gozar de su

luna de miel sin que nada ni nadie pudiera turbarles su sueño de amor. Y ningún rincón como aquél, que en verano les fué tan delicioso, para ir a buscar en él el refugio seguro de aquellas dos semanas que se ofrecían ante ellos tan cortas y tan eternas, como lo es siempre el amor.

Los dueños de la granja Avery les recibieron con alegría. No tenían huéspedes en invierno, porque jamás a nadie se le ocurría, con aquellos fríos y aquellas nieves, ir a buscar refugio en aquel apartado lugar. Por esto se sorprendieron al verles llegar, pero se alegraron al saber que se habían casado y que iban a pasar con ellos su luna de miel.

—Estaremos aquí dos semanas únicamente. Queremos vivir dos semanas de dicha. Y empezaremos aquí, en este delicioso y tranquilo rincón del mundo, el año más bello de mi vida—les dijo Dan.

—¡Qué alegría! Bienvenidos sean a nuestra casa. Siempre les hemos recordado con simpatía, desde este verano en que pasaron ustedes tan deliciosas vacaciones. Pasen, pasen... ¿Quieren cenar ahora mismo? — preguntó la señora Avery, saludando a los recién llegados con un cariño casi maternal.

—¡Ah, sí... tengo hambre!—re-

plió Nora sacudiendo su abrigo que estaba lleno de copos de nieve y acercándose a la gran chimenea para desentumecer sus miembros ateridos.

Se instalaron en la granja y dejaron correr los días en aquella embriaguez deliciosa que se olvida de todo y que cree que el mundo ha sido creado pura y exclusivamente para gozar del amor. No había para ellos nada en la vida que pudiera preocuparles. No existía para ellos persona alguna que cupiera en su corazón. Estaban ellos dos, solos, frente a la maravilla del amor; ellos dos solos para gozar intensamente de aquel cariño que los unía con los lazos más fuertes y poderosos de la tierra; aquel cariño que les fundía en uno siendo dos y que había de ser imperecedero en sus corazones alentados por un fuego que no podía nunca consumirse.

Dan se levantaba por las mañanas alegre como un pájaro, canturreaba mientras se hacía la *toilette* y se acercaba de vez en cuando al lecho donde Nora seguía aún durmiendo, para acariciarla o embromarla y darle unas palizas suaves, como cuando se castiga a un niño chiquito:

—¿Qué es eso de dormir hasta tan tarde? ¡Ea, arriba, que ya es

hora de levantarse, señora de Hopkins! No es serio que toda una señora se esté en la cama hasta tan tarde. ¡Ea... fuera perera!

Y la vapuleaba riendo a carcajadas ante la cara de susto con que Nora se despertaba, como si no recordara que tenía un marido que podía reñirla así, de aquel modo tan delicioso.

—¡Ah, mujercita mía! ¿Sabes una cosa?—le preguntó, sentándose en la cama, junto a ella.

—Sí.

—¿Qué es?

—Que tienes hambre—rió Nora, para hacerle enfadar.

—¡No era eso!

—¿Entonces, qué?

—Que he llegado a la conclusión de que tú y yo somos las dos mejores personas del mundo.

—Tú quizá sí... pero yo no—aseguró Norma.

—¿Pues qué eres tú?—inquirió él con verdadera curiosidad, porque estaba convencido de que en la tierra no había una mujer más buena que Nora.

—¡Yo soy una hambrienta!... Yo sí tengo hambre... Anda, pide el desayuno mientras me visto.

La dejó que se vistiera y cuando estaba acabando de arreglarse, se acercó a ella por la espalda, le besó la nuca, la miró a través del espejo

y le dijo con entusiasmo de enamorado:

—¡Eres preciosa, chiquilla!

—¡No!... ¡No soy preciosa! Te diré el secreto de mi cara... En algunas ocasiones podrás decir que es atractiva, pero si la miras de espaldas verás que no vale nada...

—Para mí es la más bonita que hay en el mundo — aseguró Dan, muy convencido.

—Ese es el punto de vista masculino, que os retrata de cuerpo entero. El hombre cree que la mujer es bonita sólo porque él la ha escogido... ¡No, no! Si hay algún ejemplar de belleza en esta familia que tú y yo hemos constituido... ese eres tú. ¡Mirate al espejo y verás cómo tengo razón!

—¿Tú lo crees así? — preguntó Dan mirándose muy orgulloso al espejo y dando vueltas de pavo real para divertir a Nora—. Pues si tú lo dices ha de ser verdad.

La cogió en brazos y la comenzó a voltear en el aire como si fuera una pluma mientras ella reía a carcajadas, feliz, dichosa como jamás lo había sido, con aquella alegría sana y fuerte de un corazón joven que se siente amado y que ama con todas sus fuerzas.

—¡Ah... basta... basta...! ¡Detén el mundo, Dan!—gritó Nora, sin dejar de reír.

El la estrechó fuertemente sobre su pecho y le selló los labios con un largo beso de amor.

—¡Ah... Dan... ya se detuvo!... Gracias, amor mío...—susurró ella en un infinito suspiro de ternura.

Así se deslizaron aquellos breves días, y así llegó el último día del año, que los Avery quisieron celebrar con toda pompa, aquel año que tenían huéspedes en su casa. Hubo cena extraordinaria y se esperó la media noche para comer las uvas portadoras de felicidad y rociar con champán la entrada del año nuevo. En todos ellos había una secreta y honda emoción. Los cuatro sabían que en aquel año que iba a emperar, Dan marcharía a Europa, a la guerra, y que nadie podía decir cuándo volverían aquellos que partían hacia las trincheras cavadas en los campos de Francia.

El viejo Avery levantó la copa y pronunció su sencillísimo brindis:

—¡Ya estamos en 1917! ¡Feliz año nuevo!

—¡Feliz año nuevo!—contestaron todos, chocando las copas.

Dan abrazó a Nora y besándola en la frente le dijo con un acento que ella jamás pudo olvidar a través de los años, y que jamás olvidaría aunque llegara hasta más allá de los límites de la vejez y de la senectud:

—¡Que sea para ti más feliz que para nadie!

\*\*\*

Pasadas las vacaciones de Navidad Nora volvió a la escuela. Tenía que cumplir con su deber y tuvieron que dejar la Granja Avery antes de que se terminara el permiso que Dan tenía concedido.

En la escuela se hablaba mucho de lo sucedido a Dan Hopkins a primeros de curso y habían corrido entre los chicos las más disparatadas historias, aumentadas y corregidas con esa vivacidad que da a los hechos la imaginación infantil. Sólo Dewey se resistió a creer todo lo que decían del profesor de cultura física, porque él sentía hacia Hopkins un especial cariño y se resistía a pensar en él como en otro cualquiera. Le creía al margen de toda debilidad y libre de cualquier pasión humana. Había hecho de Dan Hopkins un ídolo y le dolía tenerle que bajar del pedestal en que su imaginación de niño le había colocado.

Por esto, aquella tarde en que Dan Hopkins llegó a la escuela con su uniforme militar y saludó a los chicos con su habitual cordialidad, Dewey pudo encararse con sus compañeros y decirles con orgullo:

—Ya sabéis ahora por qué el señor Hopkins dejó la escuela: para hacerse militar. ¡Ya veis que no fué por una chica!

—Claro que fué por una chica... aseguró uno de los mayores—. Lo que pasa es que entonces no sabíamos quién era ella...

—¿Y ahora sí?

—Sí.

—¿Quién es?—preguntó Dewey, desafiador.

—La señorita Trinell... Todo el mundo sabe que son novios, pero lo ocultan porque son dos hipócritas.

—¡No los insultes!—gritó Dewey, rojo de ira.

—Digo lo que quiero...

Dewey no esperó a más para tirarse sobre el que había insultado a la señorita Trinell y comenzar a puñetazos contra él con una fuerza y un ensañamiento dignos de un atleta.

Los compañeros se dividieron en dos bandos inmediatamente, arrojando a su favorito cada uno de ellos, y divirtiéndose viendo la pelea como si asistieran a un match de boxeo.

Kate, la pequeña Kate, que seguía con insólita asiduidad todos los pasos de Dewey, era la que más chillaba de todos y la que más ánimo daba a su favorito, alentándole

con vehemencia para que triunfara en aquella lid:

—¡Dale en la nariz, Dewey!... ¡Duro con él! ¡Es un imbécil! ¡No le dejes que te pueda! ¡Rómpele la nariz, Dewey! ¡Duro... duro!

Y como viera que otro de los niños animaba con sus palabras al contrincante de Dewey, se acercó furiosa a él, le descargó una racha de puñetazos y cuando le tuvo fuera de combate, le gritó:

—¿Quieres callarte de una vez, cobarde?

Habían armado los chiquillos tal algarabía, que de pronto se abrió una de las ventanas de la escuela, asomó el rostro de Nora y gritó, imponiendo su autoridad y su fuerza moral a los niños:

—¡Dewey!... ¡Steve!... ¡Basta ya de pelea! ¿No os da vergüenza semejante espectáculo? Mejor será que os vayáis todos a casa... ¡Ahora mismo!

Hubo silencio y dispersión general. Sólo Kate se acercó a Dewey y le dijo, muy serlecita:

—No debiste ponerte así porque haya dicho que la señorita Trinell tiene novio...

—No puedo consentir que la llamen hipócrita — replicó Dewey, malhumorado—. ¡Y tú márchate y déjame solo!—ordenó.

Kate no le hizo gran caso. Siguió

caminando a su lado mientras le decía:

—Yo también quiero tener novio cuando sea mayor... y hace mucho tiempo que he escogido quien ha de ser.

—Pero tú eres como todas... y la señorita Trinell es distinta a todo el mundo... Te he dicho que te marcharas, ¿oyes? ¡No quiero volver a saber nada de ti ni de nadie de tu familia!—gritó Dewey, dando media vuelta sobre sus talones y dejando plantada en medio de la calle a Kate, mientras él volvía a entrar en la escuela.

Cuando la señorita Nora Trinell hubo cerrado de nuevo la ventana, después de haber regañado a los muchachos que se peleaban en la calle, se sentó ante su mesa y se quedó un rato pensativa. Había apoyado el rostro en sus manos como si buscara en ellas el recuerdo de un perfume... ¿O acaso el perfume de un recuerdo?... Lo cierto es que estaba tan abstraída que la voz del director, que sonó desde la puerta de la clase, le produjo un sobresalto extraño:

—Señorita Trinell... este joven me ha pedido permiso para entrar a saludarla, y he decidido dejar a un lado los convencionalismos...—dijo Steele, cediendo el paso a Dan Hopkins—. Además, me ha hecho

una confesión muy interesante... El señor Hopkins me ha dicho que son ustedes prometidos... y yo espero que sean ustedes muy felices...

—¡Oh... gracias, señor Steele!... Gracias por todo. ¡Es usted muy amable!—dijo Nora, sonriendo de felicidad al ver a su amado ante ella.

El director les dejó solos discretamente y Nora, abrazando a Dan, le dijo con la sonrisa en los labios:

—Eres el embustero más delicioso que he conocido... ¿Pero por qué has venido a la escuela?

—Porque quería verte aquí, en esta habitación, donde te vi por primera vez... y porque quería darte un beso... Así...

La abrazó y la besó fuertemente, tanto que no se dieron cuenta ni él ni ella de que la puerta se entreabría y aparecía en el umbral la figurita de Dewey Roberts, que se detuvo asombrado ante lo que estaba viendo, dejando que en su rostro se reflejaran todo el dolor y la angustia de una enorme decepción. ¡Era verdad lo que le habían dicho! ¡La señorita Trinell tenía novio... y era el profesor Hopkins quien la estaba besando como cosa de su propiedad! ¡Era verdad!... ¡Era verdad todo lo que habían dicho al empezar el curso! ¡Era verdad que el señor Hopkins tuvo que

dejar la escuela a causa de una chica... y esa chica era la señorita Trinell!

Sin decir palabra, demudado el semblante, la cabeza calda sobre el pecho, como cuando la vida da uno de sus duros golpes en el corazón humano. Dewey Roberts volvió a su casa y entró decidido a todo, menos a volver a la escuela y encontrarse de nuevo ante la señorita Trinell después de lo que acababa de descubrir.

—¿Qué tienes, hijo, es que te has cortado el dedo otra vez?—le preguntó su madre que seguía viendo en Dewey al nene que comienza a dar los primeros pasos y que todo lo necesita de su madre, sin darse cuenta de que Dewey era ya un muchachito con ansias de llegar a hombre.

—No, mamá. Lo que quiero es marcharme de aquí—contestó Dewey con tal resolución en la voz que su madre se quedó asombrada.

—¿Marcharte? — preguntó, sin comprender.

—¿Por qué te quieres marchar, Dewey? — preguntó el señor Roberts, que llegaba de la calle en aquel momento y oyó la pregunta de su mujer.

—Porque quiero ir a Johnstawn, papá, a la escuela...

—¿Precisamente ahora, a medio curso? ¿Pero qué te ha pasado?

—¿Qué manía es esa de marcharte ahora?

—Por favor—replicó el niño con acento decidido—, dejadme ir a la escuela de Johnstawn...

—¿Qué cosas tienes, hijo! Algo te ha de haber pasado. Dime, ¿qué ha sido?

—Nada, papá... Tú siempre has querido que yo fuera a Johnstawn, y ahora soy yo quien quiere ir, porque comprendo que tienes razón.

—Vamos, vamos, Dewey, hablemos con calma de este asunto... Hay que pensarlo bien antes de tomar una determinación.

—La determinación está tomada y no quiero que hablemos más de ello. ¡Quiero ir a Johnstawn! ¡Quiero ir!—exclamó Dewey con resolución de hombre y rompiendo a llorar como un niño, mientras corría a encerrarse en su cuarto para que sus padres no siguieran haciéndole preguntas.

—¿Qué le ocurre? ¿Estará enfermo?—se preguntó la señora Roberts, cuyos alcances eran tan escasos que jamás hubiera podido comprender todo el drama que estaba viviendo el alma infantil de su hijo.

\*\*\*

Aquella noche era la última. A primeras horas de la mañana, Dan Hopkins tomaría el tren hacia Nueva York, allí embarcaría en uno de aquellos enormes barcos que cargaban miles de hombres en su vientre y les llevaba a Europa, a las trincheras, a la guerra, a la muerte, al dolor, a la ruina, al martirio...

Nora había salido a pasear con Dan por el parque. Quería estar con él hasta el último momento y se había prometido ser fuerte y valiente en el momento de la despedida. La noche era glacial. Había caído la nieve abundantemente durante todo el día y las sombras de la noche la habían helado, construyendo con ella figuras fantásticas que pendían de los árboles o surgían de los montículos de las plantas y de los arbustos de los parques.

Paseaban sin cesar, en torno al quiosco de música, haciendo entrar en calor a sus miembros por medio de aquel constante movimiento. Nora iba envuelta en un abrigo de pieles y se tocaba con una capucha de piel también que la preservaba del frío pero, a pesar de ello, tiritaba, porque el frío lo llevaba en el corazón.

—¿Tienes frío? — le preguntó Dan, que notó su temblor a través

del brazo por el que la llevaba cogida.

—No... no mucho...—sonrió ella débilmente.

—¿Quieres que volvamos a casa, a tu casa?

—No, no, no... Allí tenemos que estar con mucha gente y... y yo quiero pasar estas horas sola contigo... ¡Hay tantas cosas de tu vida que me gustaría saber! ¡Conozco tan poco de ti! ¡Hemos tenido tan poco tiempo para tratarnos, para charlar de nosotros mismos, para conocer a fondo nuestros corazones!

No podía más y rompió a llorar, ahogando sus sollozos con un supremo esfuerzo.

—Vamos, vamos... no irás a llorar ahora—le dijo Dan, queriendo embromarla y sintiendo que también a él le subía a la garganta una oleada de amargura.

—No... ya no puedo llorar... ya no me quedan lágrimas... ¡Ah, Dan, perdóname! Quería ser valiente, estar alegre, procurar que no te fuera tan dolorosa la separación... pero no puedo. ¡No puedo!... Soy muy egoísta. Tú me has dado la felicidad y me resisto a perderla.

—Para mí también es muy triste dejarte... pero me voy confiado. Sé que en junio estaré a tu lado otra vez y entonces para siempre.

—¡Oh, Dan... no quiero que te vayas!—sollozó ella, echándose en sus brazos, como si los suyos fueran bastante para retenerle y arrancarle de aquella obligación que le imponía la Patria.

—Tampoco puedes desear que me quede—arguyó él, procurando dar a su tono de voz la mayor naturalidad.

—Tienes razón... Perdóname... Soy cobarde, lo sé... ¡y no puedo remediarlo!

—Eres más valiente que yo, amor mío. Pero esta hora es una hora de prueba y debemos sobrellevarla.

—¡Tengo miedo... tengo miedo!—murmuró Nora, abrazándose más fuertemente a Dan, buscando en él un amparo y un refugio—. Me asusto ante la idea de quedarme sola. Contigo soy capaz de todos los heroísmos... sin ti no soy capaz de nada...

—No estarás sola; no te sentirás sola, aunque yo no esté a tu lado. Siempre estaré junto a ti, porque siempre pensaré en ti... Y luego volveré pronto y ya no nos separaremos nunca más.

—Tienes razón... No sé por qué estoy triste... Te quiero y me quieres. ¡Nada debería importarme! Y sin embargo...—murmuró Nora, haciendo un esfuerzo supremo para sonreír.

Caminaron de nuevo en silencio, porque el frío les tenía atenazados, luego ella volvió a detenerse, miró a Dan con ternura infinita y le dijo:

—¿No te importará que no vaya a la estación a despedirte, verdad? Allí habrá muchísima gente y probablemente haría alguna tontería... No quiero dar un espectáculo.

—No, no... Es mejor que no vayas... También yo rompería a llorar y pensarían que no soy un buen soldado... No me olvides... No me olvides nunca...

—¡No podría olvidarte! Sin ti... ¡no me queda nada en el mundo!

Se dieron un largo beso, un beso en el que se fundieron sus dos almas. Era el beso de la separación, doloroso y frenético, porque nunca se sabe si puede ser el último...

Así se separaron. Nora corrió entonces a casa de Dewey Roberta. Había sabido, por Kate, la decisión del muchacho. Se habían encontrado, ella y la niña, en la misma tienda y con el mismo objeto: Nora iba a comprar un regalo para Dan, para que se lo llevara como un recuerdo en aquel largo viaje que iba a emprender; Kate compraba un regalito para ofrecer a Dewey antes de su marcha a la escuela de Johnstawn.

Le llamó la atención a Nora la

rápida e inesperada resolución del niño, y quiso cerciorarse, por sí misma, de las causas que hubieran podido empujarle a aquella determinación.

Fué a su casa y encontró a toda la familia en pleno ajeteo, arreglando el equipaje del pequeño estudiante.

—Vengo a despedirme de Dewey. No sabía que se marchara tan pronto—dijo a los señores Roberts que estaban aturridos y atolondrados arreglando todo lo que a su hijo pudiera hacerle falta cuando estuviera lejos de ellos.

—¡Ah, señorita Trinell... pase, pase! Dewey está en el gabinete. Le dará una gran alegría. Perdóneme que no la acompañe, pero el tren va a salir pronto y no podemos demorarnos...—dijo la señora de Roberts que se movía de un lado a otro como si fuera un pájaro que brincara en su jaula.

Nora entró en el gabinete donde Dewey se estaba probando su primer traje de hombre, su traje de pantalón largo, de perfecto caballero, como si ya el niño fuera un hombre de verdad, un hombre como se sentía él interiormente, aunque su apariencia continuara siendo la de un niño.

—¡Oh, Dewey, qué traje tan bonito llevas! ¡Si ya pareces un hom-

bres!—exclamó Nora, acercándose a su discípulo con aquella dulce sonrisa que disimulaba perfectamente el gran dolor que afligía su alma.

—Sólo lo parezco...—gruñó Dewey, sin alzar los ojos, como si estuviera enfadado o intensamente triste—. El traje únicamente tiene el pantalón largo... nada más.

—¿Cómo es que no has ido a despedirte de mí, Dewey?... ¿Es que pensabas marcharte sin decirme adiós?—preguntó Nora, tendiéndole la mano en señal de amistad.

El niño no cogió la mano que se le tendía y replicó, hosco y taciturno:

—No...

—¿Qué te pasa, Dewey? ¿Por qué estás enfadado? ¿Qué ha sido de nuestra amistad?—inquirió Nora que no podía adivinar el dolor que pesaba sobre aquel corazón de niño.

—Perdone, señorita Trinell, pero no comprendo lo que quiere decir—murmuró Dewey, que no quería confesar su secreto.

—Bien... si no quieres decirme lo, no quiero forzarte a ello, Dewey... Las confesiones deben de ser espontáneas... Quiero que, antes de marcharte, sepas que te deseo muy buena suerte. Ya sabes que te quiero de veras.

—¡No es cierto! ¡Ya sé que nun-

ca me ha querido! Que lo que ahora dice lo dice para engañarme—gritó Dewey, sin poder contener el desbordado dolor de su alma.

—¡Dewey... yo no te he engañado nunca!

—Es inútil que quiera usted vencerme. Ya no creo en la amistad de nadie, desde que he visto que usted era... ¡como todo el mundo!

Casi había lágrimas en los ojos de Dewey, pero el niño hacía esfuerzos de hombre para contenerlas. Nora le miró largamente, se arrodilló en el suelo, junto a él, le acarició una mano y le dijo con suma ternura, como si hablara a un niño enfermo:

—Dewey, chiquillo, ven aquí y atiéndeme... Mi abuelo, que era hombre de mar como pocos, decía siempre: "Cuando veas que hay borrasca y tu barco esté a punto de hundirse porque lleva mucha carga... ¡tírala por la borda! El barco es lo importante..."

—Es verdad... pero me dolió mucho... mucho enterarme por los chicos que... que usted y el señor Hopkins... eran... novios, ¡y no me lo habían dicho a mí, que me creía su mejor amigo!—dijo el muchacho, ahogando los sollozos en su garganta.

—¡Dewey!... — murmuró Nora,

conmovida por aquella confesión y por todo lo que tras ella adivinaba.

—Bien sabe usted que usted y el señor Hopkins han sido para mí como unos segundos padres... ¡Su falta de confianza para conmigo me ha dado mucha pena!

—¡Conque era esto! — exclamó Nora, muy pensativa—. Debimos habérselo dicho... pero... la felicidad nos pone a veces una venda en los ojos y no sabemos comprender el daño que con ella hacemos a nuestro alrededor... Ahora ya no nos quieres tanto, ¿verdad?

—Ahora ya no son para mí lo que eran antes—dijo Dewey sinceramente.

Nora se había puesto en pie y sostenía en sus manos el bergantín hecho por Dewey, aquel bergantín al cual, un día, diera su nombre y al que ahora había quitado el distintivo que tanto halagó a Nora el día en que lo descubrió. El "Nora Trinell" que iba grabado al costado del bergantín, estaba rabiosamente rascado con un cortaplumas. Nora lo contempló con melancolía, y luego preguntó, sin hacer mención a aquel hecho que le dolía casi tanto como al niño:

—¿No te llevas tus barcos, Dewey?

—¡No quiero saber nunca más

nada de ellos! ¡No me importan nada los barcos!

—¿Y es esta la actitud que adoptarás cuando los construyas de verdad y surja el primer contratiempo, que irremisiblemente tiene que surgir?

—¡No llegaré nunca a construir nada!—aseguró el chiquillo con esa terquedad del niño que sufre y que cree que su sufrimiento es irremediable.

—Dewey... ¡nunca se debe hablar así! La pena que sientes ahora es momentánea... es tu primer desencanto, y es natural que te duela... Sé el efecto que produce confiar en dos personas y ver que no lo merecen... ¡Es triste, ya lo sé!... Es triste descubrir que los que teníamos por seres distintos a los demás, son vulgares como el resto de la humanidad... El error está en crear ídolos de carne humana, Dewey... Hay que acostumbrarse a pensar que todos somos iguales, que todos estamos sometidos a las mismas leyes inmutables, que todos tenemos los mismos defectos y que en torno a ellos gira siempre la humanidad... Eso lo irás viendo en el transcurso de los años, cuando seas hombre, cuando la vida ya no tenga secretos para ti... Escucha, Dewey... quiero al señor Hopkins y él me quiere a mí, pero no por eso hemos

dejado de quererte ni un momento... Te queremos mucho los dos, no lo dudes... Ya sé que duele mucho la primera decepción; pero no debes dejar que nada ni nadie te aparte de tu camino... porque a tu edad debes empezar a forjar tu porvenir y tu porvenir está por encima de esas trivialidades... Eramos tan felices Dan y yo que no supimos ver que te hacíamos sufrir, pero fué inconscientemente que te hicimos daño... No quisimos hacerte sufrir, puedes creerlo...

Nora dejó que las lágrimas resbalaran por su rostro. No se avergonzaba de aquella debilidad ante su discípulo, quería que el niño viera que también ella sufría por lo sucedido.

—No... señorita Trinell... no llore, por favor... no llore o también lloraré yo—dijo el niño haciendo esfuerzos inauditos por contener su llanto.

Nora le abrazó dulcemente:

—Escucha, Dewey, te voy a confiar un secreto profesional... Cada año hay un alumno en la clase que se destaca de todos; el maestro, sin notarlo, se encariña con él y llega a imaginar que es hijo suyo y a él dedica todos sus desvelos y todos sus pensamientos... Tú has sido para Dan y para mí ese discípulo predilecto...

—¡Dewey... Dewey! ¡Debes darte prisa... si no quieres perder el tren!—gritó la señora de Roberts desde la habitación vecina.

—Contesta, hijo—ordenó suavemente Nora, acariciando la mejilla del pequeño.

—Ya voy, mamá...—dijo Dewey con voz temblorosa.

—Ahora, Dewey, tu madrecita, ésta que ahora besa tu frente, espera que no la decepcionarás... Sigue el curso que te has trazado, construye barcos, llega a ser un hombre famoso, no vaciles, no cejes, no dejes que se debilite tu ímpetu... Puedes llegar... ¡y debes llegar! ¿Te acordarás de esto, hijo mío?

—Sí, señorita.

—¿Y te acordarás de mí un poquito también? —preguntó Nora, que se sentía conmovida hasta lo más hondo de su ser.

—¡Claro que me acordaré! ¡Toda mi vida!—aseguró Dewey, abrazado a su profesora.

—Bien, entonces no me despido. Decir adiós es muy triste... Prefiero decirte, ¡hasta luego!

—Venga a la estación conmigo—suplicó Dewey, para prolongar más aquel dulce coloquio con su profesora.

—¡Oh... no... no es posible!...—murmuró Nora, sintiendo desfallecer su voluntad.

—Venga conmigo... es un favor que le pido... Si va a despedirme nunca se lo agradeceré bastante... Venga conmigo—suplicó Dewey.

Nora se quedó un momento reflexiva, midiendo sus propias fuerzas morales y, reaccionando al comprender que haría un gran bien al ánimo de aquel pequeño yendo a despedirle a la estación, olvidó su propio dolor y, sonriéndole, le prometió:

—Está bien, Dewey... iré a despedirte.

En la estación había la algarabía habitual de las despedidas. Mayor algarabía aún, porque eran muchos los soldados que tomaban aquel tren camino del puerto donde debían embarcar, rumbo a Europa, rumbo a lo desconocido...

La familia Roberts llegó con todo el equipaje del niño. Los padres, un poco tristes por la separación. El chico, ufano y orgulloso, porque al separarse del hogar se sentía todavía más hombre. Le molestaba que su madre le tratara como a un niño de pañales, o poco menos, y que su padre le hiciera estruendosas manifestaciones de cariño en público. Pensaba que en Johnstown sería tratado como un hombre por sus profesores y por sus camara-

das y que las ternuras paternas, que no podrían manifestarse más que por carta, no le harían subir los colores al rostro como ahora, en público.

En la estación encontró Dewey a Steve, su eterno contrincante, y, cambiando con él una mirada de inteligencia, le tendió la mano cordialmente y le dijo:

—No vamos a separarnos enfadados, después que hemos sido siempre tan buenos amigos... Olvidemos lo pasado...

—Por mí olvidado queda... Buen viaje y hasta las vacaciones del verano. ¡Volverás hecho un hombre!

—¡Me voy hecho un hombre!—replicó Dewey orgulloso—. ¿No ves que llevo pantalón largo?

Nora se había hecho a un lado rápidamente para no ser vista por Dan Hopkins que venía acompañado de una banda de música junto con otros soldados que también marchaban al frente. No quería ella que Dan la viera. No quería volver a despedirse de él. Le hubieran faltado las fuerzas y acaso hubiera dado un espectáculo grotesco con su dolor desbordado... El dolor, para el que sufre, es lo más sagrado de la tierra... Para el que no lo sufre resulta a veces ridículo e incomprendible... y Nora no quería que nadie pudiera burlarse de aquel

dolor tan hondo y tan sincero que se le agarraba al alma y se la destrozaba con sus zarpazos de fiera.

—¡Mire... señorita Trinell... iré en el mismo tren que el señor Hopkins!—exclamó Dewey loco de alegría.

—Sí... te vas con él... Dile que lo sabes todo, Dewey..., y háblale mucho de mí — dijo Nora, estrechando la mano del niño.

Iba ya Dewey a subir al tren cuando se acercó a él la pequeña Kate, pálida y con los ojos brillantes, como si hubiera llorado:

—Dewey... has hecho las paces con Steve y espero que no te irás enfadado conmigo... Te traigo un regalo de despedida. A ver si te gusta.

Dewey miró el cortaplumas que Kate le había comprado y sonrió.

—Me gusta mucho, pero no debíste hacer esto...

—Entonces, ¿ya no estás enfadado conmigo?

—No lo he estado nunca, tonta... —sonrió Dewey, estrechando la mano de la niña.

Se daba ya la orden de marcha. Los viajeros se precipitaban a los estribos. Dewey subió al tren en medio del grupo de sus padres y amigos y les gritó:

—Voy al último coche a despediros...

La locomotora silbó, dejó escapar una bocanada de humo y comenzó a jaderar haciendo girar pausadamente las ruedas del convoy.

Dewey salió al vagón de cola. En la plataforma estaba Dan Hopkins, mirando con ojos muy tristes a la muchedumbre que quedaba en tierra, como si en ella hubiera querido encontrar la mirada de otros ojos que le dijeran, desde lejos, todo lo que tantas veces había leído ya en ellos.

El niño no se dio cuenta de que el profesor Hopkins estaba a su lado. Agitaba sus manos con vehemencia y lanzaba gritos de despedida:

—¡Adiós, papá... adiós, mamá!... ¡Adiós, señorita Trinell! ¡Adiós, señorita Trinell!

Dan tuvo un sobresalto al escuchar aquel nombre. Miró a Dewey y siguió el rumbo de su mirada. Allí entre la multitud, Nora, con los ojos húmedos de llanto, con una dulcísima sonrisa en sus labios, hacía adiós al pequeño... ¿O le decía adiós a él? Dan lanzó un beso al aire y murmuró casi en un sollozo:

—¡Adiós, Nora!... ¡Adiós, señorita Trinell!...

Nora, desde lejos, muy lejos, ya no era más que un puntito negro en medio de la estación; le devolvió aquel beso, y el convoy se per-

dió en la lejanía con la indiferencia de su corazón de hierro incapaz de comprender todos los dolores que su marcha había despertado.

La señorita Trinell se secó las lágrimas y bajó los ojos. A su lado, cogiéndole la mano, conmovida, llorosa, estaba la pequeña Kate. La mujer y la niña se miraron largamente y se apretaron las manos en un gesto angustioso y desgarrado. Sus dos corazones femeninos se habían comprendido en aquella despedida que podía ser definitiva para las dos...

\* \* \*

Despertó como de un sueño. Nora Trinell había visto desfilar por su imaginación, vertiginosamente, toda aquella historia tan lejana y tan presente... Habían pasado veinte, ¿veinticinco años?... Había pasado el tiempo sobre ella y sobre las generaciones, pero ella había vivido siempre de aquel recuerdo... de aquel amor... de aquella hora de la despedida... de aquel día en que había visto abrirse a la vida un alma de hombre y marchar hacia la muerte un corazón rebotante de felicidad...

Miró en torno suyo. La multitud se hacía cada vez más compacta en el hall del hotel. Se esperaba con

impaciencia la aparición del gran personaje que iba a ser festejado. Y aquel gran personaje era Dewey Roberts, el pequeño Dewey a quien ella había ayudado moralmente en la hora de su primera decepción. Como ella predijo entonces, Dewey había triunfado en la vida. Y tenía la ilusión de que la recordara, de que recordara aquel día en que le había abierto su corazón de niño...

Pero ahora pensó que ya no podría verle. Era imposible llegar hasta él. Le bastaba con saberle triunfante. Volvió a ponerse las gafas que había guardado en su gran bolso y se puso en pie para dirigirse a la calle; pero cuando iba a hacerlo, uno de los criados del hotel la reconoció:

—¡Señorita Trinell! ¡Pero si es la señorita Trinell! — exclamó gozoso — Sin gafas no la había reconocido.

—¡Oh... Bill Tower! ¡Qué alegría encontrarte aquí! — exclamó Nora, sonriendo al joven que llevaba la librea de criado.

—No pensé nunca que pudiera usted acordarse de mí — replicó Bill, humildemente.

—Me acuerdo siempre de todos mis alumnos, Bill... Por eso estoy aquí... he venido porque quería saludar a uno de mis antiguos alumnos... A Dewey Roberts...

—¿El señor Roberts ha sido alumno suyo también?

—Sí, hace muchos años... cuando yo emperaba mi carrera — explicó brevemente la señorita Trinell —. Y ahora quisiera verle un momento, aunque sólo fuera de paso. Por eso me he instalado frente a los ascensores.

—Aquí no conseguirá verle... Bajará en uno de los ascensores del servicio y entrará en el salón de banquetes por la parte de atrás... Sígame con disimulo y la llevaré a usted hasta su despacho.

La hizo subir en uno de los ascensores y bajaron en el piso decimonono, cruzando rápidamente los pasillos.

—¡Oh, Bill, creo que no hacemos bien! — murmuró Nora que estaba un poco aturdida —. ¿Qué harías tú si yo apareciera en tu despacho cuando te acaban de nombrar Presidente de los Estados Unidos y estuvieras preparando el discurso de toma de posesión?

—La haría sentar a mi lado para que corrigiera mi discurso — replicó Bill sin vacilar, mientras la iba guiando por aquella enrucijada de pasillos.

—Supón que ya no se acuerde de mí — comentó Nora, tímida por aquella empresa que realizaba por orden de Bill.

—Entonces diré a mi padre que no vote por él... Venga, verá cómo todo saldrá bien. Su despacho está siempre lleno de gente y no notará nadie su presencia, pero si alguien le pregunta diga que tiene orden de esperar... Además, no dirá una mentira, porque yo se lo estoy ordenando—comentó Bill en son de broma.

—Bill... veo que llevas camino de ingresar en el Cuerpo Diplomático.

Bill cruzó por entre una multitud de caballeros que estaban a la puerta del despacho de Dewey Roberts, sin poder entrar en él, y condujo con naturalidad a Nora hasta la puerta:

—Perdón, caballeros... Pase usted, señora. El señor Roberts la espera desde hace rato.

Todos miraron a aquella dama de humilde aspecto, pálida, dulce, suave bajo sus canas que asomaban por el ala de su sombrero pasado de moda, que sonreía como disculpándose y a la que abrieron respetuosamente el paso porque habían oído que el señor Roberts hacía rato la estaba esperando.

Dentro del despacho del elegido Presidente, la algarabía era inenarrable. Algunas docenas de secretarios, dactilógrafas, telefonistas y un tumulto de empleados, trabajaban incansablemente yendo de un

lado a otro en atroz confusión. Dewey Roberts no estaba allí, y Nora se sentó silenciosamente en una silla que halló vacía y esperó. La mareaba un poco aquel tumulto, pero sonreía, sonreía dulcemente evocando la figura de Dewey cuando era niño, cuando, en un raptó de desconsuelo, le dijo entre lágrimas:

—¡No llegaré nunca a construir nada!... ¡No seré nunca nadie, porque nada me importa ya!...

¡Y había llegado a Presidente de los Estados Unidos! Nora se sentía orgullosa de ello, como si Dewey Roberts fuera su propio hijo. Y es que para ella, para ella que jamás los había tenido, Dewey Roberts era el hijo de su alma, porque ella había dado vida a aquella alma y había despertado en ella el ansia de llegar, de ser, de triunfar...

Esperó entre aquella algarabía de voces, de teléfonos, de puertas que se abrían y cerraban, de aquellos montones de correspondencia que iban a parar al cesto sin ser abierta.

Al fin, la puerta tras de la cual había estado Dewey Roberts huyendo de la multitud asediadora, se abrió y apareció el personaje rodeado de todos sus ministros. Muchas voces le saludaron, muchos se adelantaron para estrecharle la mano. El se detenía un segundo, salu-

daba fríamente, con gesto de fatiga, y continuaba su camino.

Cuando pasó junto a Nora, ésta, que se había puesto en pie, le llamó por su nombre:

—¿Dewey!...

Se detuvo el personaje y con él todo su séquito, mientras los fotógrafos aprovechaban el momento para tomar magníficos primeros planos.

—¿Diga?—inquirió el personaje, mirando a aquella dama envejecida, que le miraba con una sonrisa muy dulce y una mirada impregnada de cariño.

—¿Dewey Roberts!... He venido a desearte muy buena suerte...

—¿Ah, gracias!...

—... y a decirle que estoy orgullosa de usted...

—Gracias, perdone, pero... no recuerdo...

—¿No recuerda a la señorita Trinell?—inquirió Nora con melancólica amargura

—¿Ah, sí... gracias!—replicó Dewey, en quien aquel nombre no había despertado ningún recuerdo.

Y siguió su camino abriéndose paso entre todos los que querían saludarle, felicitarle, estrecharle la mano.

Pero el nombre de Trinell se había quedado en su cerebro. Mientras el ascensor le conducía a la

planta baja, se repetía una y otra vez: "Trinell... Trinell... Trinell..."

—¡Ahora sé quién es!—exclamó cuando ya iba a salir del ascensor, volviendo a entrar en él—. Pronto, arriba otra vez. Tengo que encontrarla... ¡Sí es la señorita Trinell... la señorita Trinell! — exclamaba, sin comprender cómo no había podido reconocerla.

Pero cuando llegó a su despacho la señorita Trinell ya no estaba en él. Hizo que se ordenara a todos los detectives que la buscaran por todo el hotel. Una señora vestida con un traje estampado azul y blanco, con vestido y sombrero azules, con gafas y una sonrisa dulcísima, muy bonita, que iluminaba todo su rostro.

Todo el hotel se puso en conmoción. Los detectives buscaban por todas partes. Las puertas fueron vigiladas estrechamente. Al fin uno dió con ella.

—La reclaman, señora — le dijo, deteniéndola por el brazo.

—Perdone... debe ser una equivocación — replicó Nora, sin comprender.

—Vestido estampado... traje azul... gafas... A ver, sonría—ordenó el detective.

—¿Qué?—preguntó Nora, extrañada.

—Soy el detective del hotel y

tengo orden de detenerla. Sonría, por favor.

Nora no pudo contener su sonrisa ante aquella extraña exigencia y viendo el detective que todo el rostro ajado de la anciana se iluminaba con aquella bella sonrisa llena de dulzura, afirmó:

—¿Lo ve? Es usted. Venga conmigo y no se resista...

La llevó hasta el ascensor, y aquel periodista que no la perdía de vista porque mucho se temía que la dama tuviera algo que ver con el señor Roberts, le dijo en son de burla:

—¡Al fin la han detenido a usted! Ya imaginaba yo que alguna historia turbia la traía por aquí...

—No moleste a la señora—gruñó el detective, cerrando bruscamente la puerta del ascensor.

Condujo a Nora a la presencia de Dewey Roberts.

—Aquí está la detenida, señor—dijo, presentándola.

Roberts le abrió los brazos y la estrechó fuertemente sobre su corazón:

—¡Ah, señorita Trinell!... ¿Podrá perdonarme que no la haya reconocido en seguida?

—¡Ah, Dewey, han pasado tantos años!—suspiró Nora, emocionada por aquella efusiva acogida.

—No son los años... sino esos

sombreros tan raros que llevan ahora las mujeres.

Nora reía, feliz, y, viendo a una dama elegantísima que sonreía también ante la conmovedora escena, se fijó bien en ella y exclamó:

—¡Pero si ésta es la pequeña Kate!...

—Sí, señorita Trinell... me costó un poquito, pero lo logré al fin—confesó Kate, estrechando la mano de su antigua profesora.

—Venga, siéntese aquí y charlaremos un rato—dijo Dewey Roberts, como si no tuviera en aquel momento nada mejor que hacer que recordar tiempos pasados.

—¡Por Dios, señor Roberts, que no podemos tener a todo el país esperando!—rogó uno de los ministros.

—Concédamme sólo treinta segundos... Venga, señorita Trinell, y cuéntenos, cuéntenos cómo ha venido a Washington... ¿Enseña matemáticas a los miembros del Congreso?

—He ascendido, ¡pero no tan alto!—rió Nora Trinell—. Ahora estoy en la Escuela Superior. Llevo en Washington dieciocho años—explicó Nora, con simplicidad.

—Aun conservo un bergantín que lleva el nombre de Nora Trinell...

—...raspado con un cortaplumas

—concluyó Nora riendo. Y luego, con una gran melancolía, añadió:

—También yo conservo el "Mabel"...

—¡Ah, sí, recuerdo! ¿Y qué se ha hecho del profesor Hopkins? ¿Recuerda aquel día que partimos los dos en el mismo tren?

Se borró la sonrisa de los labios de la señorita Trinell y en sus ojos asomaron las lágrimas, que no cayeron por un esfuerzo de su voluntad, de aquella voluntad que tantas veces se había impuesto para que el llanto no se desbordara como la furia de un tempestuoso torrente:

—Sí... recuerdo aquel día... no lo he olvidado nunca. Dan Hopkins no regresó jamás de Francia...

Había tanta tristeza en su voz que hubo un instante de intensa emoción que ella misma rompió, cambiando de tono y sonriendo de nuevo:

—Pero no quiero entretenerte... Tienes a la multitud esperándote...

Vamos, cumple con tu deber. Ahora ya te he visto y he charlado contigo... ¡basta de nuestros barcos!

—Bien, señorita Trinell, voy a cumplir con mi deber porque usted me lo manda—bromeó Dewey Roberts—. Pero no crea que Kate y yo vamos a dejar que se nos escape y estemos sin verla otro cuarto de siglo. ¡A ti te la recomiendo, Kate!

El gran personaje bajó al comedor y Kate se llevó consigo a Nora Trinell. La juventud radiante y feliz de Kate contrastaba poderosamente con el gesto cansado y melancólico de la vieja profesora que miraba a la muchacha y recordaba los años en que ella había sido también joven y feliz...

Tuvo Nora Trinell el mejor lugar al lado de la esposa del Presidente en el acto de la toma de posesión, y mientras Dewey Roberts pronunciaba su sonoro discurso, ella murmuraba, procurando dominar su emoción y sus lágrimas:

—¡Ya sabía yo que Dewey era un buen alumno!...

F I N

Últimos grandes éxitos en estas Ediciones Especiales:

SUEZ VINIERON LAS LLUVIAS

EL SIGNO DEL ZORRO

